

Los mendigos me amaban

Carlos Henríquez Consalvi



Los mendigos me amaban

Carlos Henríquez Consalvi



LOS MENDIGOS ME AMABAN

© Carlos Henríquez Consalvi

ISBN 978-99923-840-9-1

Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen

Corrección de textos

Tania Primavera Preza

Carmen Álvarez

Diseño gráfico y portada

Pedro Durán

Imágenes:

Archivo familiar de Miriam Interiano

Archivo Histórico MUPI

Oscar Meléndez

Pop-Up: Katya Salamanca

Distribución: Ivón López de Colorado

1ª. Edición. San Salvador, El Salvador. 2015.

Museo de la Palabra y la Imagen (MUPI)

27ª. Av. Norte #1140, Urb. La Esperanza

San Salvador, El Salvador, C.A.

Tel. (503) 2564-7005

mupi@museo.com.sv

www.museo.com.sv

@tejiendomemoria

863.44

H519L Henríquez Consalvi, Carlos, 1947-

sv Los mendigos me amaban / Carlos Henríquez Consalvi ; corrección de
textos Tania Primavera Preza, Carmen Álvarez ; diseño gráfico y
portada Pedro Durán. -- 1ª ed. -- San Salvador, El Salv. : Museo de
la Palabra y la Imagen, 2015.
132 p. ; 22 cm.

ISBN 978-99923-840-9-1

1. Interiano, Brnesto, 1917-1943. 2. Novela histórica. 3. Novela
salvadoreña. 4. Literatura salvadoreña. I. Título.

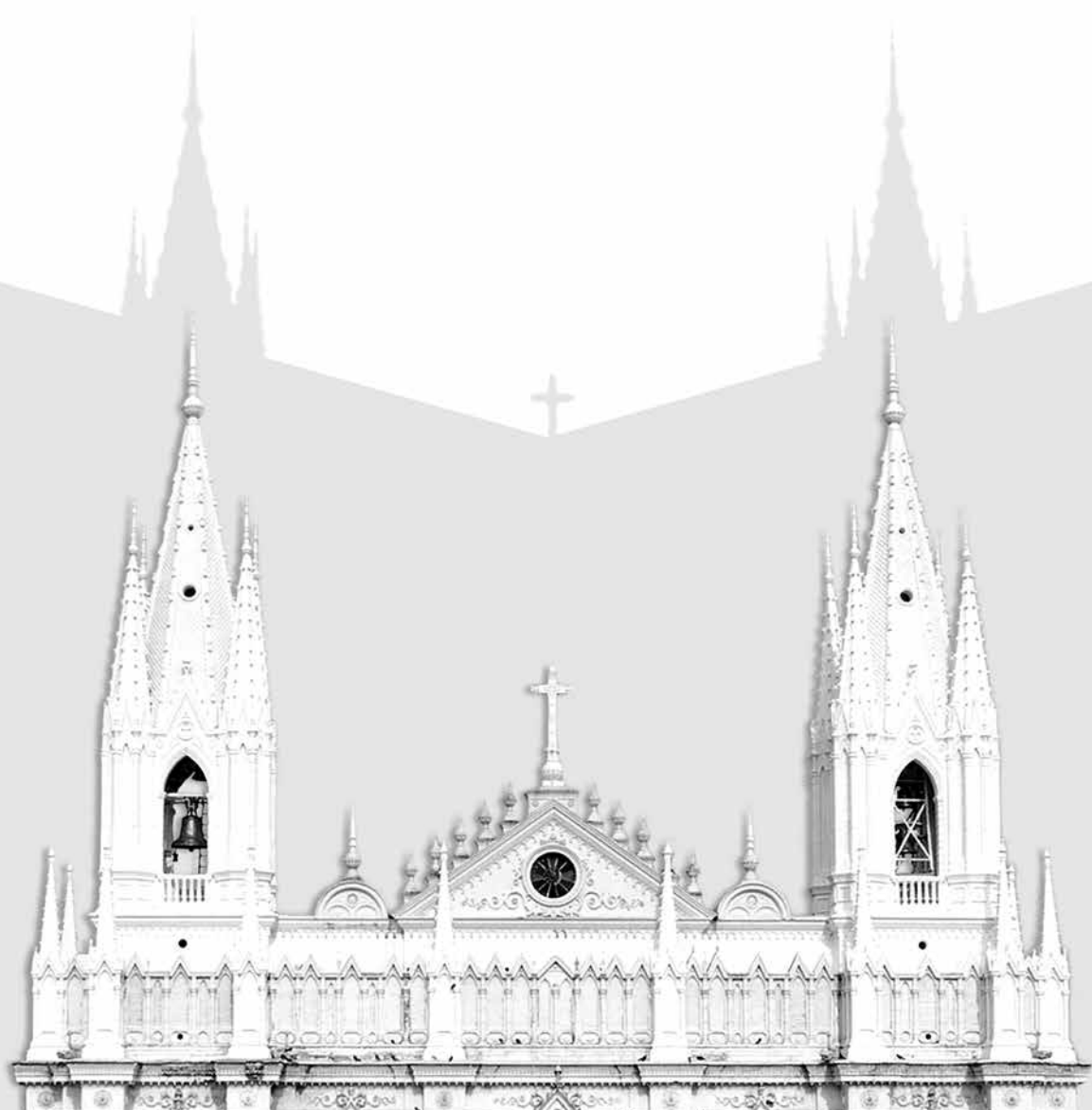
ÍNDICE

Los mendigos me amaban	9
¿Quién por nosotros?	17
Satanás envenenado	31
Muerte en el circo	47
Samuel Álvarez entra en escena	55
La pesadilla del General	63
Escena para un tango	71
Enemigo Público	77
La espesa montaña	91
La patria tiene sueño	103
Epílogo	115



Los mendigos me amaban, los ciegos reconocían mi presencia por el taconeo de mis botas federicas de cuero chapín. Fui querido y odiado en aquella Santa Ana de los años cuarenta, cuando el Gobierno del general Martínez me declaró enemigo público número uno. En fin, me llamo Ernesto Interiano.

Los mendigos me amaban





—Los mendigos me amaban, los ciegos reconocían mi presencia por el taconeo de mis botas federicas de cuero chapín. Fui querido y odiado en aquella Santa Ana de los años cuarenta, cuando el Gobierno del general Martínez me declaró enemigo público número uno. En fin, me llamo Ernesto Interiano.

Esa voz modulada emergió de los resquicios de la habitación y la inundó con un desconocido aroma. El rostro de la médium se fue transformando con cada esfuerzo de su boca al emitir esa voz masculina; la lluvia arreciaba sobre el techo de zinc y producía una acústica misteriosa en cada palabra:

—Invocaron mi espíritu, vine dispuesto, aquí estoy para platicar... pero no para hacer su trabajo. Sería muy sencillo para usted contar mi historia en mi propia voz; demasiado fácil. ¿Va a escribir sobre mí? Está bien, pero no lo haré yo. Podría ayudarlo. No me pregunte cómo. Váyase, tome un buen trago y duerma. En sus sueños, sabrá lo que quiere saber sobre mi vida.. ¡Buena suerte!

Al terminar de pronunciar estas palabras, la médium se desplomó sobre la mesa redonda de las invocaciones y permaneció sumergida en un sueño profundo, con la respiración entrecortada. Me quedé petrificado durante segundos que parecieron eternos.

Me levanté sin hacer ruido, coloqué el billete en el vaso donde se colocan los diez colones. La acostumbrada contribución para las flores y las velas de los hermanos. Traté de evadir una aglomeración de flores, cirios e imágenes religiosas, y salí de la humilde vivienda. Caminé por las calles de Cojutepeque mientras trataba de encontrarle sentido a lo sucedido.

Al bordear la plaza, el olor de los nuégados de yuca navegando en aceite hirviendo me distrajo de mi tribulación, mientras manejaba de retorno a la ciudad. Pronto aparecieron a lo lejos las primeras luces





de San Salvador.

La ciudad resplandecía luego de la lluvia, el volcán parecía un animal prehistórico envuelto en brumas, y en las calles la gente caminaba empapada con cierto aire de fiesta.

A la medianoche, prisionero de una intensa inquietud, me serví un trago de ron —como me aconsejó la voz— y me acosté con la certeza de que esa madrugada soñaría con la historia que ya había comenzado a soñar. Muy temprano en la mañana, comencé a escribir sobre la vida de Ernesto Interiano:

Me atemorizaría ese eco sordo que golpea el silencio de la ciudad de Santa Ana si no supiera que lo produce el taconeo de mis propias botas sobre el pavimento.

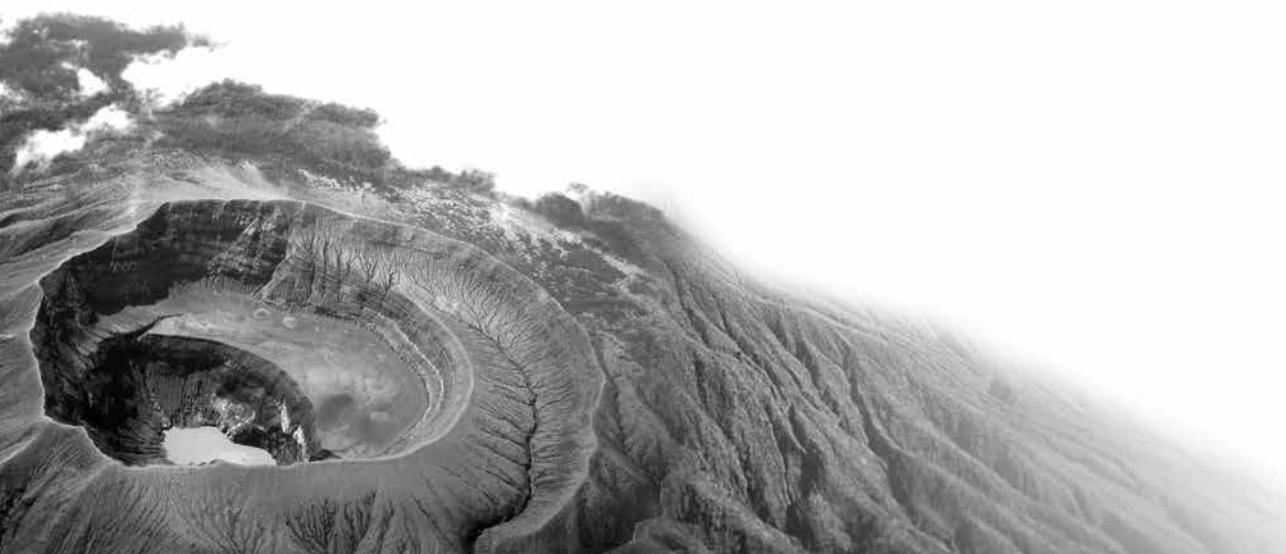
Mientras camino a casa de mi madre, barajo los recuerdos y las sensaciones de estos últimos días: la policía persiguiéndome por todos los caminos, la barahúnda de los balazos silbando por encima de mi sombrero, las noches de vigilia en Los Naranjos contemplando las montañas con los cafetales en flor.

Los periódicos hablan de mis andanzas, mi foto en primera página, con detalles de los enfrentamientos que he tenido con la policía. Huyendo durante días como lobo malquerido; cada noche en un lugar distinto, de sobresalto en sobresalto.

¿En qué irá a parar todo esto? Quizá el ingeniero Ricardo Aguilar tenga razón: debo irme unos días a Guatemala mientras se calma el alboroto. No me explico por qué en todo lo que hago hay una pizca de fatalidad; Clara Luz dice que llevo por dentro un caballo desbocado que me impulsa a hacer las cosas como ordena el corazón. ¡Ay, cómo me molesta la herida de la pierna! Y esta sequedad en la garganta. ¡Qué no daría por un fresco de mango verde!.

Desde la esquina del Casino, observo las calles desiertas. No detecto ningún peligro. En el parque, una pareja de chuchos aúllan y forcejean por separarse. Camino por la acera del Teatro Nacional y cruzo la calle hacia Catedral, a esta hora, rodeada de neblinas. Me sobresalto cuando las campanas dan el toque de las tres. Continúo calle abajo, sigilosamente mi sombra se desdibuja entre la bruma y la tenue luz de los faroles. Mamá debe estar durmiendo, pero igual la voy a despertar. Han corrido tantos rumores sobre su salud; imagino lo afligida que debe estar por todo este relajo con tantas menti-





ras y verdades que le pueden haber contado. No entraré por el portón principal, debo evitar que alguien me vea. La luna apenas ilumina la calle, coloco un pie en el saliente para trepar el muro. Se me cae la bolsa de municiones, y rompe el silencio. Sombras veloces se mueven a mis espaldas.

Un estampido despierta y pone en vuelo a las palomas de Catedral. Una bala me destroza la mano derecha. ¡Es una emboscada! Otro disparo. Siento la sangre tibia recorrer mi espalda. Más detonaciones, me desplomo. Me arrastro sobre el andén, saco la Colt 32, me revuelco en el pavimento y evado una ráfaga. Apunto y disparo contra uno de los que me atacan.

Por un instante pierdo el sentido. Cuando lo recobro, estoy rodeado de policías que me apuntan con sus armas. El miedo me atenaza. No sé por qué razón, pero viene a mi mente la estampa que tenía mi abuelo Hilario en su armario: era la vida y la muerte danzando un tango. Un gallo canta. De las casas vecinas se desprende un olor a ropa ahumada.

—¿Dónde están tus huevos Ernesto Interiano? —me grita un policía, pistola en mano.

Descargan sus armas una y otra vez. Trato de arrastrarme, pero me abandonan las fuerzas.

—¡Madre mía! —balbuceo.

Quedo inmóvil, tendido sobre un charco de humedad. Escalofríos recorren mis venas. En mi mano izquierda el dedo índice hace un leve movimiento.

Un agente recarga su arma. De nuevo, cierro los ojos. Me dispara en medio de la frente. Percibo una luz que flota sobre la neblina, pausadamente se me aproxima hasta encandilarme.

Asciendo lentamente. La primera levedad me toma por sorpresa. Me contemplo tendido y sangrando sobre el pavimento.

Los vientos del cerro Santa Lucía recorren las calles empedradas y levantan remolinos de hojas secas. Floto como pluma. Al oriente vislumbro el golfo, al norte las montañas, al sur adivino el mar entre la calina, y en mi interior descubro al niño triste a quien un día le mataron su mascota.

En esta madrugada, Santa Ana es sombra y cal, reverdecidos musgos tiñen sus tejas. Floto y lloro en la soledad de los vientos que me arrastran hasta el cráter del volcán. Y comienzo a navegar sus cálidas entrañas, sus ríos subterráneos de magma y luz.



¿Quién por nosotros?





En su habitación, doña Mila ha despertado con la última descarga de disparos:

—¡Neto! ¡Dios mío, han matado a mi hijo! —exclama con la certeza de que le arrebatan lo más querido.

Se coloca la bata, a tropezones baja la escalera, penetra a la caballeriza. Voces nerviosas en la calle le confirman la tragedia. Lloro en silencio, recostada tras el portón que no quiere abrir porque se imagina la escena al otro lado del muro.

Del cercano cuartel llega el mayor Francisco Pimentel, jefe de Policía; lagañoso, ojos de lagarto, pelo hirsuto, máuser al hombro, chamarra de cuero, desabotonadas las polainas.

En medio de la calle contempla el cuerpo inerte de Ernesto, le impresiona la mancha oscura en la acera de ladrillo de piedrín. Aún muerto, le teme. Un estremecimiento le descompone el ánimo. Se aproxima al policía que agoniza tendido en el suelo.

—¿Qué pasó, Félix? ¿Cómo te dejaste madrugar?

—Mi mayor, me jodió Interiano... él fue más rápido... ¡Pero me lo pude apiar de un mameyazo! —susurra Félix González, campeón nacional de tiro olímpico contratado por el Gobierno para la ocasión.

La noticia se esparce en Santa Ana, de barrio en barrio se multiplican los candiles, y los murmullos en los aposentos. Los agentes tratan de contener a los vecinos somnolientos que forcejean por ver de cerca la escena.

La sangre fresca se empoza en los agujeros dejados por las balas sobre el pavimento. Los menesterosos que dormían en los portales se percatan del suceso. Conmocionados, tratan de tocar fugazmente el cuerpo inerte. A toda costa desean guardar un recuerdo. Algunos hacen fila para llevarse aunque sea algunas gotas de sangre impregnada en motas de algodón.

La tendera de la esquina recoge con devoción algunos objetos es-





parcidos junto a Ernesto, un escapulario, una carta de amor y una foto con dedicatoria: *Para vos que me diste amor, y nada más.*

La guarda en el corpiño; de rodillas pronuncia una letanía indecifrable. Comienza a clarear, aumentan los curiosos.

—¡Malhaya no haber tenido una hija soltera, pá haberla raciado con este corajudo! —exclama Aristóbulo Galdámez, el barbero del barrio, y se aleja del enrojecido charco, renqueando sobre su pata de palo.

A las cinco y media de la mañana, luego de ser reconocido por el Juez de Paz, envuelto en una sábana trasladan el cuerpo al interior de la mansión, lo depositan sobre la larga mesa de la despensa entre racimos de plátanos y sacos de café.

Acompañadas por el abogado Ángel Góchez Castro y el padre Rafael Paz, las mujeres de la casa lavan al difunto auxiliadas con mascones de hojas de eucalipto y cántaros con agua salada.

Solo de frente le cuentan varios orificios de bala. Tan vaciado está el cuerpo que deciden rellenarlo con pétalos de rosa fresca y viruta de cedro real.

—Parece un náufrago —comenta la tía Julia.

Doña Mila le pide a su hermana Adela y a las vecinas que la dejen sola con su hijo. Le besa en la frente, delicadamente le abre un párpado y contempla por última vez sus pupilas. Lentamente lo viste con el traje azul-negro de rayas blancas que recién le había regalado al cumplir veintiséis años.

—¡Mi amor, cómo has crecido! ¡Pobrecito, qué de madrugada y qué solito te fuiste a morir! —le cuchichea al oído, mientras le abrocha los tirantes en los pantalones de casimir. Se enjuga una lágrima, con delicadeza le calza los calcetines de seda y los botines chapines.

Extrae de la cómoda de roble el álbum familiar, lo contempla entre lágrimas. Esboza una sonrisa al contemplar las fotos de Ernestito cuando tenía tres años, disfrazado de niña como se acostumbraba en la época. En otras fotos de carnaval, aparece como espadachín medieval, o de cupido, empuñando la flecha del amor, alas abiertas, carcaj con plumas de chompipe.

Acaricia la agujereada camisa azul, un vahído la hace buscar apoyo en el piano de cola.





—¡Neto de mi alma, mi ángel travieso! —se arrodilla frente al crucifijo— ¡El Señor nos lo había prestado para nuestra dicha; ahora nos lo reclama, y se lo devolvemos con el corazón hecho pedazos. Abrió la mano para socorrer al mendigo y extendió sus brazos para amparar al necesitado!

—¡Amén! —responden las rezadoras que en ese momento entran a la sala mortuoria con cirios encendidos.

Nando te botó la mula es el primero que se aparece, portando un ramillete de siemprevivas. El aroma del café humeante se entremezcla con la fragancia de los azahares que arreglan las mujeres en los corredores.

En un rincón de la sala, permanece en silencio doña Mila, junto a la cesta con los dos pericos de porcelana donde guarda las llaves de la casa. Fija la mirada sobre la foto donde está junto a su hijo cuando cumplió siete años. Abstraída, escucha al doctor Góchez Castro quien le transmite el rumor: Alguien informó a la policía sobre la visita que Ernesto le haría esa madrugada.

—¡Esas fueron cosas de Samuel Álvarez, por Dios que le saldrá cáncer en la lengua! —perturbada, doña Mila vaticina que así morirá el mentado. Y rompe en un llanto inagotable.

Mientras tanto en San Salvador, el general Hernández Martínez, de pie junto a un ventanal de casa presidencial, contempla la mole del cerro San Jacinto, reseco por el alargado verano. Está preocupado por el clima de conspiraciones que lo agobia desde meses atrás. Le acompaña el ministro de Gobernación.

—Hay rumores de que los abogaduchos de Santa Ana van a aprovechar esta muerte para fomentar disturbios contra el Gobierno..., lo mejor es prohibir que velen el cadáver, debe ser enterrado de inmediato —aconseja el general Tomás Calderón.

—¿Pero... y la familia? —pregunta el presidente.

—La cosa no está para cortar elotes. No podemos arriesgarnos, debemos aplicar el decreto que prohíbe las reuniones públicas.

Agitado, Joaquín Leiva, encargado de protocolo, entra al despacho.

—Acaban de llamar de Santa Ana, dicen que la familia Interiano





ha decidido adelantar el sepelio.

—¡A Dios gracias! —exclama el general Calderón, con su dicción entrecortada por espasmos respiratorios.

—Cúidese el assma, Tomás, que ese mal a la larga afecta la memoria. Le voy a dar un ungüento de manteca de tacuatztín. Apessta ssí, pero ess mejor perder amigos que el entendimiento.

Le aconseja, con su peculiar manera de pronunciar la letra "s". Frotándose las manos, el presidente sale del salón. San Salvador había amanecido con vientos helados.

Mientras tanto, en las calles de Santa Ana, la multitud crece y se agita frente a la casa de los Interiano. En los cantones vecinos, suspenden la corta de café. Envueltos por la neblina caminan decenas de volcaneños, silenciosos, corvos al cincho.

Los jornaleros de La Montañita han bajado de los cafetales, con cintas negras en las camisas de manta, sin hacer caso al agente de la policía que apunta en su cuaderno los nombres de quienes logra reconocer en el cortejo fúnebre. Al observar el detalle de los calzados, le llama la atención la mezcla de finos zapatos de charol, con *caites* de cuero seco, junto a los que andan a *chuña*, con sus dedos rajados por la inclemencia de las niguas.

Jóvenes desoladas colocan ramilletes de flores sobre el cuerpo de Ernesto; fresqueras del mercado encienden más cirios; vendedoras de estampas auxilian al *Mudo Mercedes*, quien desesperado, paji-lla y garrote en mano, trata de recobrar el habla para gritar su pena. Las lavanderas abandonan el río Apanchacal, corren a decirle adiós a Ernesto, quien más de una vez las sacó de un apuro económico, dándoles unos pesos para pagar la renta o los cuadernos de los pequeños.

Los sahumeros, la cera derritiéndose y el sudor de los recién llegados enrarecen el aire que se respira. Al fondo de la casa, se escucha el tropel de mendigos que forcejean por llevar el féretro en hombros, en medio de la porcelana resquebrajada contra el suelo y el reguero de lasaña de berenjena que dejan tras saquear la cocina, pues no dudan que la bondad de Ernesto traspasará los umbrales del más allá.

La casa huele a copal y a ruda recién cortada. Son los sahumeros encendidos por Teresa Pushagua, la nana de Ernesto, quien presagió





la muerte tres días antes, auxiliada por el canto del tecolote que once años atrás le había anunciado la muerte de su padrino Feliciano Ama, ahorcado por insurrecto, en lo alto de una ceiba de Izalco.

Amílcar Hidalgo se hinca bajo el almendro, aplasta la hierbabuena, y no pronuncia una palabra más.

Al interior de algunas mansiones de postigos y ventanas cerradas, sus ocupantes no ocultan el regocijo por la muerte de quien consideran un demonio loco y pendenciero, con el agravante de haber enamorado a muchas de las *niñas bien* de la ciudad.

Chompipe, Chico Buchón y Nando te botó la mula, barbados, vestimentas raídas, fuman un tabaco compartido, lagrimeando en silencio. Mariano Zúñiga, moqueando como un cipote, trepado al campanario, toca con furia repiques de duelo.

—¡Amor de mi vida, amorcito, amorcito mío! —grita Noysi Méndez, abrazada a una ceiba, no detiene los sollozos de novia dolida, hasta que un desmayo la tiende junto a los llagados y pordioseros que se unen al cortejo.

El féretro parece flotar en manos de la muchedumbre. Nadie quiere dejar de acercarse a Ernesto por última vez. Al momento de distribuir a los familiares en los vehículos fúnebres, se presenta un dilema: han llegado varias novias de Ernesto.

—En él solo iré yo. Si las montamos a todas no cabrían —sentencia doña Mila, erguida y autoritaria en medio del dolor.

El cortejo avanza lentamente. En las esquinas, ancianas de rebozos negros deslizan entre los dedos las cuentas de las camándulas. En los balcones, ondulan los pañuelos en las manos temblorosas de las quinceañeras.

Un piquete de jornaleros se presenta para reclamar lo que manifiestan es su derecho: llevar el ataúd en hombros. Intencionadamente cambian la ruta del cortejo y pasan frente a la casa de Samuel Álvarez, donde mantienen un rato el féretro, acompañado de gritos.

—¡Viva Ernesto Interiano!

—¡Abajo la dictadura! —exclama un vendedor de minuta y desaparece entre la multitud.





Carmen Bomba, acarreador de sacos en el mercado, famoso por platicar en rima, temerariamente trepa por los pináculos de Catedral, camina por el estrecho friso hasta el rosetón, abre los brazos. Lo observan decenas de personas boquiabiertas agolpadas en la plaza. Cuando cesan de repiquetear las campanas, se escucha su voz sonora:

*Este dieciséis de diciembre de mil novecientos cuarenta y tres
quedará tatuado en la memoria de santanecos,
han matado al amigo de los ciegos y los mendigos,
¡carajo! qué mala fecha, ¿quién por nojotros?*

Luego de dos horas, el lento cortejo llega al cementerio Santa Isabel. Detrás de los cerros, el sol descende cuando lanzan los últimos ramos de flores sobre el sepulcro. Entre los ángeles de mármol y las losas, el abogado Góchez Castro observa abstraído, con la mirada en ninguna parte. Nadie puede imaginarse en qué piensa, ni qué cosa lo atormenta.

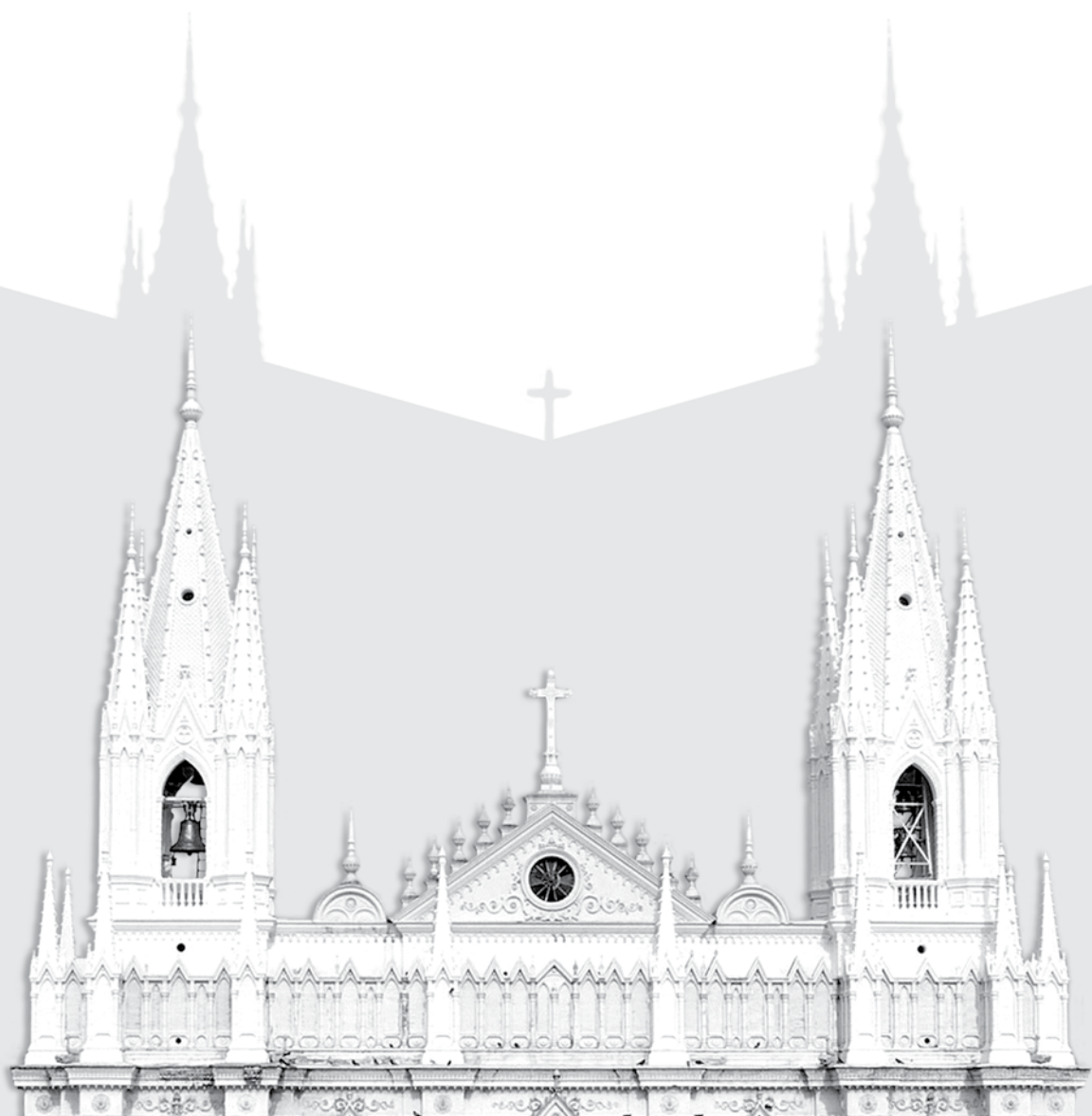
Cuando doña Mila regresa a casa, se sorprende al encontrarla transformada en un territorio desolado, amarillentos líquenes en los horcones de los techos, los helechos y jazmines secos y las buganvillas exhaustas.

—¿Quién lo diría? Santa Ana se está comenzando a desmoronar.

Y se dispuso a apagar, cirio por cirio, y a cerrar, una a una, cada ventana de la casa.



Satanás envenenado





Muchos años atrás, una mañana, don Hilario Interiano atravesó el zaguán y recogió el diario La Prensa. En la primera plana leyó en voz alta:

Hoy es una fecha memorable para Santa Ana, el Presidente de la República inauguró la estación del telégrafo Venustiano Carranza...

—Qué cosas las de la ciencia, la palabra ya no viajará en tren, sino por aire...

De pronto, un alarido desgarrador se escuchó al fondo de la casa. Don Hilario reconoció la voz de su hija Mila, atenazada por dolores de parto. En ese instante nació Ernesto Interiano. Era el 1 de septiembre de 1917.

La criatura no lloró. Cuando la colocaron sobre el pecho tibio de su madre permaneció inmóvil con los ojos abiertos, observando cada sugerencia de luminosidad. Sobre los sauces, una nube de chocoyos armó un bullicio.

Don Hilario dio un portazo y se encerró en su habitación. Se negó a conocer al nieto. Ordenó que a Mila la trasladaran con todo y niño al fondo, a los cuartos de la caballeriza. Fue el castigo impuesto a su hija a raíz del embarazo que desde meses atrás le avergonzaba a don Hilario.

La identidad del padre de la criatura fue un misterio, y por supuesto, caldo de murmuración en aquella conservadora ciudad de Santa Ana. Pero la acomodada posición social de la familia pronto acalló el chambrerío en torno a Mila, la joven que hacía más de un año se había separado de su esposo y ahora concebía sin hombre conocido.

Los primeros meses, niño y madre vivieron confinados. Las pocas visitas que llegaban, no se atrevían a preguntar sobre el llanto del recién nacido, que se mezclaba con el relincho de los caballos y el tropel de las yuntas de bueyes.





La única excursión que en ese entonces Mila hizo al exterior, fue la tarde en que llevó al bebé ante el altar mayor de Catedral, y se arrodilló frente a Nuestra Señora Santa Ana, abogada de los buenos partos.

—Santa Patrona, vengo a presentarle a mi hijo, bendígamelo para que sea justo y bueno.

Le acercó los deditos del niño al desnudo pie de la Virgen. En ese momento, al bebé se le desprendió la tripita del ombligo. Al siguiente día, mientras almorzaban, Don Hilario al fin se decidió a soltar la pregunta que días atrás tenía atascada en el orgullo.

—Queta, ¿cómo es el niño?

—Es la criatura más bella que hayan visto mis ojos... y se llamará Ernesto... debes ir a conocerlo —le respondió su esposa.

—Achís, ve. ¡Sea como sea no los quiero ver, ni al niño ni a Mila, a los dos me los dejan donde están!

Pasaron varios meses, Ernestito crecía en el patio trasero junto a las carretas que bajaban del volcán con frutas, café y leña. Primero empezó a repartir las primeras sonrisas, luego levantaba cabeza y tronco como una lagartija chele. A los cinco meses se sentó.

Mientras su madre Mila le tejía coloridas mantillas, Teresa Pushagua cuidaba al niño, manteniéndolo alejado del mundo exterior y de la vista del abuelo. Ella le enseñó las primeras palabras en náhuat que nadie más en la casa entendía:

—Ne istak shuchit... Ne istak shuchit —repetía el cipotillo, ante la celebración de Teresa, quien por esos días le había colocado una bolsita roja con ruda, ajo, pimienta de castilla, tabaco y chile, para protegerlo del mal de ojo y de todo accidente. Y cada noche, desnuda, ya despojada de refajo y abalorios, encendía un cirio frente a un San Simón de palo traído de Chichicastenango, con el que compartía tragos de guaro acanelado cantando en la lengua de sus antiguos.

El mejor amigo del niño fue un cachorro al que la tía Julia se le ocurrió llamarlo *Satanás*, por negro y colacho. El animalito aullaba cuando se alejaba el niño y este armaba berrinche cuando no veía al *chuchito*. Los dos crecieron compartiendo su soledad, brincando como cabras, exiliados de la vida familiar.

Teresa Pushagua utilizó todas las artimañas para que cada quien





durmiera en su lugar, pero fue inútil. Por las mañanas encontraba a Ernestito enroscado en el suelo junto a su mascota. Entonces toleraron que durmieran en la cama, pero con la advertencia de Mila.

—Lo permitiré, pero eso sí, lávele los dientes al *chucho* antes de dormir.

—¡Qué excentricidad la de esta gente! —murmuró Teresa Pushagua, y se fue a darle su trago de aguardiente al santo de madera.

Durante un atardecer, al fondo del corredor, la familia tomaba la merienda cuando inesperadamente —escapado de su encierro— apareció el niño. Se aproximó gateando y sonriente, con agilidad sorprendente trepó en la silla de mimbre y se sentó como un invitado más.

Don Hilario desorbitó los ojos y contuvo un grito. La abuela, recuperada de la sorpresa se levantó enérgicamente, tomó al niño en brazos, se plantó frente al marido y le ordenó con inesperada autoridad.

—Tome, póngase a chinear a su nieto. ¡Ya es hora de que esta ridiculez termine!

El abuelo titubeó durante un instante. Tomó la criatura con delicadeza y le abrazó.

—¡Ya es hora! —dijo, y no se secó la lágrima que descendió entre la barba cana.

Desde ese día el niño se convirtió en el chinchín de la casa. El príncipe de los caprichos, como le decía la tía Julia.

Al levantarse el castigo, el pequeño creció rodeado de comodidades en la casa de extensos corredores, mesas de bronce, chineros, jarrones italianos y alfombrados orientales. Ubicada a una cuadra de Catedral, la casa de los Interiano se renovó con gritos infantiles y se abrió a nuevas visitas atraídas por el carisma del nuevo habitante. Las tías, fantasiosas, no escatimaron recursos de excentricidad para disfrazar al niño de cuanto se les ocurría: comalera, querubín, espadachín renacentista, lucifer o carbonero.

Así creció, no hubo capricho que no le complacieran.

Doña Tula Vilanova, su prima, siempre lo recordó como un cipote alegre, travieso y bondadoso.

—Yo recuerdo que con mi primo íbamos al parque y sacábamos a pasear a su perrito, acompañados de nuestras nanas. A la hora de





gastar lo que el abuelo Hilario nos daba para la merienda, Ernesto me decía: “mirá, nosotros vamos a comer y quizá aquel mendigo no ha comido”. Y les compraba quesadillas.

Tiempo después, el día en que Ernesto cumplía ocho años, estaba en la puerta de su casa sobre la bicicleta que recién le habían regalado, cuando contempló a varios policías que le lanzaban un bocado de carne envenenada a *Satanás*, su perro consentido.

—¡Noooooooo! ¡No te lo comás, *Satanás*!

Fue el desolador grito del muchacho. Pero era demasiado tarde, el cachorro de una tarascada ya había engullido el bocado.

Minutos después el animal se arrastró penosamente, sus dos patas traseras tías. Agonizó entre vómitos y convulsiones ante la contemplación silenciosa de Ernesto, quien pidió a su madre que lo llevara a la finca La Montañita. Cuando depositaba el cuerpo del perro en la tumba que había cavado en el cafetal, sintió el olor a almendras amargas del cianuro. Tres días pasó sentado en una hamaca, balanceándose, sin pronunciar palabra, contemplando cómo la neblina arrojaba los granos rojos de los cafetos. Cuando *Collazos*, el capataz de la finca le extendió un tamal de chipilín, el niño lo rechazó.

—¡Tiene veneno. Todo tiene veneno!

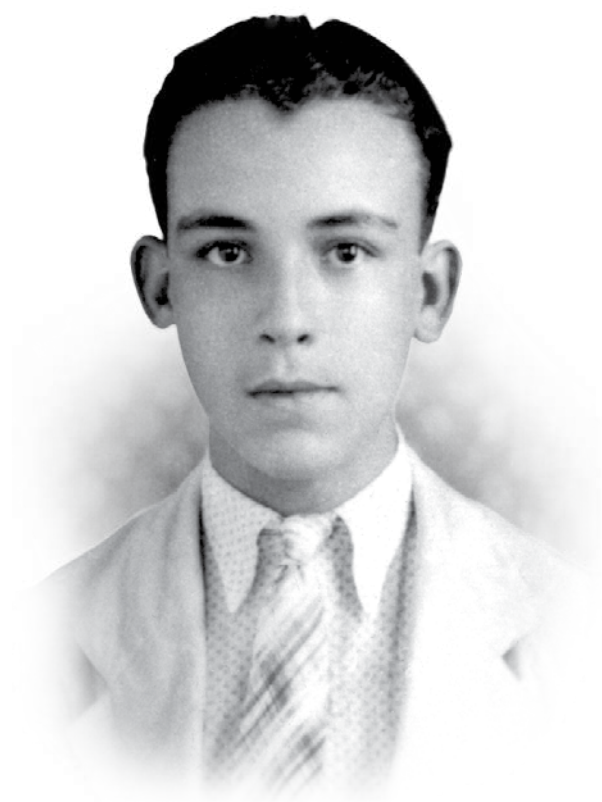
Sus primas no olvidan el día en que Ernesto —ya más crecido—, recogió en una carretilla a los canes envenenados por los gendarmes y fue a tirarlos frente al cuartel.

—Perros, aquí les dejo a estos difuntos... ¡A ver si *chucho* no come *chucho*!—gritó a los agentes.

Pasó el tiempo y el incidente del perro pareció borrarle de la mente. Pedaleando en su bicicleta se metía en los mercados, conversaba con fresqueras y verduleras. A cambio de huevos que sacaba de la despensa hogareña, transaba cambalaches por caramelos de atado y coco.

Allí escuchó las protestas de los volcaneños arrojados de sus tierras por terratenientes cafetaleros y escuchaba las conversaciones de las lavanderas en el río: comentaban los disturbios en la hacienda San Isidro, propiedad de la viuda del general Tomás Regalado, donde centenares de jornaleros pedían aumento de salario y mejor ración alimenticia.





El niño hizo entrañable amistad con los personajes de la calle como *Nando te botó la mula*, o los ciegos del parque. A estos, cada atardecer les llevaba pan con queso e infinidad de preguntas.

—¿Los colores se ven en lo oscuro? Andá, decime Alejandro. ¿Y si los ciegos no pueden mirar, pueden tener hijos?

Con paciencia le respondían sus interrogantes. Y cuando se aproximaba, reconocían los pasos del niño que ya se hacía adolescente.

—Ya viene Neto —anunciaban.

—Hey, cipote, léenos las noticias —le pedían.

Entonces Ernesto leía en voz alta. Era “El Diario del Pueblo”, editado en Santa Ana ese 13 de enero de 1932: *“Es necesario que se estudie la situación social del país, pues últimamente se ha hablado de levantamientos comunistas y choques armados, pero a la vez se sabe que los salarios son bajos en las fincas y por eso no hay braceros. Se habla de agitadores, cosa que debe ser investigada para buscar justicia. Por otra parte, Monseñor Belloso, en carta enviada a capitalistas y terratenientes, afirma, que si los patrones tratan justamente a los trabajadores quedará conjurado el peligro comunista...”*

En ese instante la tierra comenzó a trepidar.

—¡Temblor!, ¡Jesús, Jesús, qué fuerte venís, pero más fuerte es mi Dios! —gritó alguien, y a tropezones se desperdigaron.

Ya adolescente se le vio a Ernesto en las retretas del Parque Libertad, piropeando a las mengalitas, vestidas y maquilladas de domingo. Otras veces, sobre una banca, traviesamente le sustraía las quesadillas que vendía *La Loca Pastora*, mientras los músicos seguían la batuta del maestro Muñoz Ciudad Real.

Sus compañeros de estudio en el Liceo San Luís recuerdan que de quinceañero comenzó su afición por el tiro al blanco, con rifles de balines. Al igual que a los jóvenes de las familias acomodadas, a Ernesto le gustaba asistir a los bailes en el Casino, cuyos salones adornaban con flores y guirnaldas. Las muchachas le coqueteaban enfundadas en sus vestidos de tules vaporosos, reflejados en los *tremoles*. Al fondo brotaba un bolero de Agustín Lara, luego arrancaba el baile con pasodobles, para finalizar con un tango de Gardel.





*El día que me quieras la rosa que engalana,
se vestirá de fiesta con su mejor color.
Y al viento las campanas dirán que ya eres mía,
y locas las fontanas se contarán su amor.*

Por las tardes, en el Parque Colón tomaba chilate, o en el bar Bier Lokal se empinaba algunas cervezas. El Hotel Florida y la cantina Nueva York, fueron testigos de innumerables anécdotas en la agitada vida de Ernesto, el más guapo de los caballeros de honor de Haydé Trujillo, la Reina de las Fiestas Julias. En el evento, los jóvenes cubiertos con capones blancos, hachones en mano, caracoleaban sus fogosos caballos ante las miradas femeninas.

Los domingos, luego de asistir a misa y de haber encendido cirios a Nuestra Señora Santa Ana, se le veía con el padre Rafael Paz a quien le agradaba la versatilidad de las conversaciones de Ernesto. El tema del día era la matanza de indígenas que las tropas del gobierno estaban haciendo en Juayúa, Sonzacate, Izalco, Tacuba y Nahuizalco.

—No alcanzan los hoyos para tantos fusilados... ni las ramas de ceiba para los ahorcados, le confió el cura, al tiempo que le mostraba las imágenes que su amigo el fotógrafo Barrientos acaba de tomar en la zona.

Ernesto se quedó contemplando la foto donde aparecían amontonados los cadáveres de los indígenas, en fosas, apilados como pantes de caña.

—Padre Paz ¿será cierto que el ejército también está envenenando los pozos donde toman agua los inditos?

—Solo Dios sabe —respondió el sacerdote.

Ernesto sintió en la ráfaga de viento helado el tufillo inconfundible de almendra amarga.

Mientras tanto en la capital, el general Hernández Martínez se despedía del oficial encargado de reprimir la insurrección.

—¡Mano dura con los comunisstass!

—¡Descuide, presidente, de eso me encargo yo! —respondió el general Tomás Calderón desde la ventanilla del camión.





Las cenizas del volcán Acatenango, ensombrecían los cielos de Centroamérica. Era de mañana, pero parecía que anochecía.

Como todos los lunes, Ernesto se presentaba al puesto policial para pagar la multa de los *chichipates* encarcelados por ebriedad y escándalo público. Luego se los llevaba al mercado a convidarles sopa de pata para quitarles la resaca.

En cierta oportunidad se ofreció para llevar hasta San Salvador a una familia amiga; en la esquina frente al Telégrafo, un policía detuvo el vehículo y le pidió el documento de identificación, pero los había dejado en casa.

—No entiendo, si usted me conoce —le dijo al policía que se había subido al guardafangos.

—¡Deme sus papeles, Ernesto Interiano... ¡Identifíquese! —insistió.

El joven, molesto, lo empujó y aceleró el vehículo. Al anochecer, ya de retorno de la capital, la autoridad lo citó y le aplicó una multa.

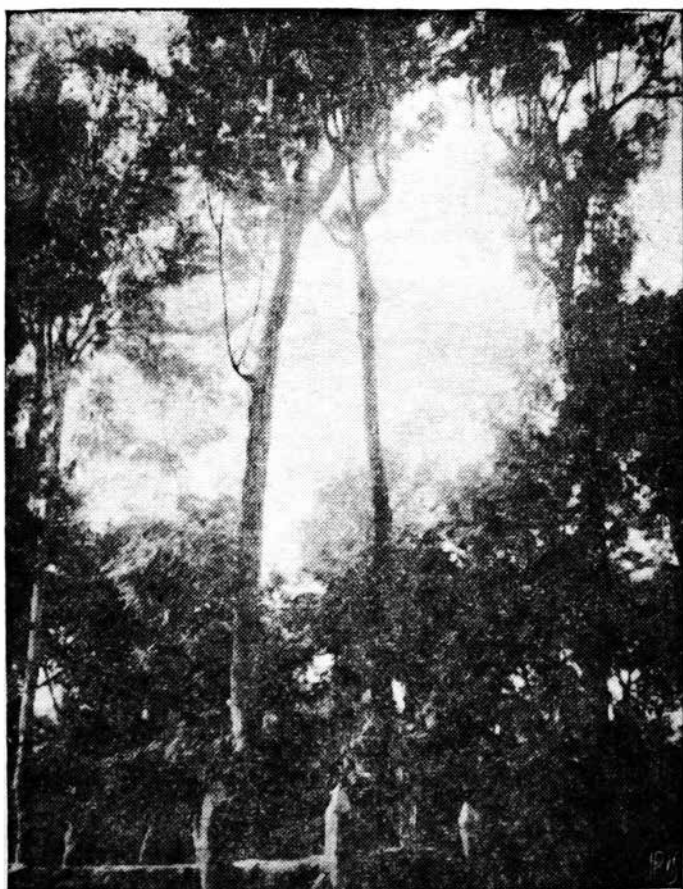
Cuando el comandante Rosendo Albino Luna tomó a su cargo la Dirección de Policía de Santa Ana, hizo amistad con Ernesto, quien en cierta ocasión pagó los gastos de una serenata llevada por aquel. Entonces se creyó que no volvería a tener problemas con la policía. Pero ocurrió el asesinato de un ciudadano de apellido Armero, cuya evidente motivación fue el robo. El comandante Luna, inexplicablemente, dirigió sus investigaciones en contra de Ernesto; cosa que molestó a este de tal manera que reforzó su antipatía hacia los uniformados.



Muerte en el circo



Misterioso Crimen se Registró en La Montañita QUIEN MATÓ AL HUMILDE TRABAJADOR CARLOS DÉRAS ANTIER?



El árbol de gravilea mostrando la rama y gancho donde se encontraba el campesino Carlos Deras, observando la función del circo "Variedades".

Ernesto se despertó casi a mediodía, anoche hubo baile en el Club Atlético. En la Prensa Gráfica de este 14 de enero de 1939, lee la noticia que ha impactado a la ciudad: La muerte de la viuda Segunda de León, anteriormente mordida por un perro rabioso.

—Ya van a comenzar a envenenar de nuevo a los *chuchos*.
—Comenta al recordar el olor a almendras amargas del cianuro que mató a *Satanás*.

Otros titulares del diario destacan el incendio del almacén El Chichimeco, y desde España consignan el avance de las tropas del general Franco hacia Barcelona. Mientras las amenazas de Hitler desde Berlín, anuncian la extensión de los conflictos bélicos.

—Están talando los pocos pinos que hay en el volcán de San Salvador —lee en voz alta—, y salta de la cama al acordarse que tiene que ir a la finca a supervisar la pesa del café.

Al llegar a La Montañita, se encuentra con la festividad por el tiempo de cosecha. En el patio se presenta el rústico circo Variedades. Frente a la cocina han colocado la carpa; el payaso *Cigarro*, acompañado de marimbas hace reír a centenares de jornaleros.

Ernesto inspecciona la pesa de los sacos de café. Al atardecer, al retirarse, como a veces lo hace a manera de despedida, saca su arma por la ventanilla del vehículo y lanza varios disparos al aire. Algunos curiosos salen de la carpa, sin notar nada en particular.

—¡Aquí se cayó uno de un palo! —grita una vendedora de ponche, al ver caer desde lo alto a Carlos Deras, joven campesino que de espectador gratuito del circo estaba encaramado en un árbol de gravilea. Al inspeccionarlo, los escoltas rurales constatan que tiene dos disparos en la cabeza y los ojos abiertos tienen tierra en las pupilas.

Una semana después, recién cumplidos los veintiún años, Ernesto es capturado en la hacienda San Francisco Guajoyo propiedad de la familia Valiente. Celosamente custodiado, es conducido a declarar al



CAPTURADO EN METAPAN JOVEN PROTAGONISTA DE UN DRAMA

INTERIANO ESTA EN PODER DE LAS AUTORIDADES

"EL CRIMEN DEL CIRCO" COBRA MAYOR INTERES EN LA CIUDAD HEROICA

SANTA ANA, enero 20. — Especial para EL DIARIO DE HOY. — La ciudad entera se ha estremecido esta mañana al conocerse de manera definitiva la sensacional captura de Ernesto Interiano, a quien detuvo la Guardia Nacional ayer en la jurisdicción de Metapán.

Desde ayer corrían rumores insistentes respecto a esta importante detención, pero carecíamos de datos oficiales confirmados para notificarlo así a nuestros lectores. Sin embargo este día tenemos informes respaldados.

— DONDE LO CAPTURARON — Ernesto Interiano fue capturado en una Hacienda que cita entre Metapán y Texistepeque. Se trata de la hacienda San Francisco Guajoyo, propiedad de unos amigos de la familia Interiano. Allí esperaba Ernesto que parientes y amigos íntimos le arreglaran todo lo necesario para escaparse hacia la vecina República.

— QUIENES LO CAPTURARON. — Los agentes de la Guardia Nacional Justiniano Méndez y Joaquín Gutiérrez son los valientes miembros de la Guardia que efectuaron la captura del presunto homicida.

Méndez y Gutiérrez tenían datos de que Interiano se ocultaba en las cercanías de Taxis y empezaron a investigar.

Y fue así como dieron con el que trataba de burlar a las autoridades nacionales largándose para Guatemala.

— NO OPUSO RESISTENCIA. — Preguntamos a los agentes de la guardia si Ernesto Interiano había opuesto resistencia a la hora de presentarse sus aprehensores. Se nos dió esta declaración: "El reo se entregó sin oponer ninguna resistencia.... No tuvo tiempo para protestar...."

— EN DEPOSITO A LA POLICIA. — Para las medidas que se consi-

deran oportunas Ernesto Interiano fue enviado a la Policía Nacional de Metapán en vías de depósito. — Allí se encuentra perfectamente custodiado con centinela especial. Se considera que Ernesto Interiano no hará ni un tan solo intento de escapatoria por que sería peligroso y lamentable.

— POR CORDILLERA A SANTA ANA. — El informe oficial que se nos facilita al respecto asegura que por órdenes superiores la Guardia Nacional traerá al reo a esta ciudad por cordillera. No se sabe cuándo empezará el largo calvario de Ernesto Interiano. De acuerdo con los informes oficiales, debió empezar su viaje esta madrugada pero no hay nuevos detalles que lo aseguren.

— LIBRES BARRUNDIA Y OSWALDO. — Por orden del señor Juez Primero de lo Criminal doc-

— PASA A LA PAGINA DIEZ—



tribunal. Se inicia así un sonado juicio. El juez del caso es Abdón Martínez; abogados defensores serán los reconocidos juristas, Julio Jiménez Castillo, Raúl Gamero y Max Patricio Brannon. Este último, más tarde escribió en su libro “El Caso Interiano”:

"Mucho se habló de este suceso, y como todo lo sensacional y comentado, poco tiempo después de ocurrido el delito que se le atribuía a Ernesto Interiano, la imaginación criolla lanzó versiones sobre el desarrollo de los acontecimientos, a cual más inconsistentes y alejados de la verdad. Y esta agitación de la mente colectiva, a base de absurdos y falsedades, llegó a extremos peligrosos.

Se daba ya por un hecho la condena del procesado y hasta se fijaba el lapso de castigo: quince años de prisión mayor, decían unos; doce, rectificaban otros; y los más benévolo señalaban tres años, ya que el delito era, según antojadiza afirmación, de imprudencia temeraria.

Y las cosas llegaron a tal punto que un periodista, contando sin duda con el largo encierro del encausado, enfocó, con saña mal disimulada, todo el fuego de su pasión, contra el presunto culpable. Un Diario de Occidente abrió campaña sobre el caso Interiano, y la morbosidad criolla respondió espléndidamente al comentario lleno de hiel que en cadena ininterrumpida se le brindaba.

Hubo de todo: desde el comentario irresponsable, frívolo, inconsistente, hasta la campaña sistemática, apasionada, cruel. La venganza encontró un rico filón que explotar".

Durante meses se mantuvo la expectativa pública sobre el juicio. La defensa sustentó que los disparos que dieron muerte al joven Carlos Deras no pudieron ser los ejecutados por Interiano “pues el cuerpo agonizante cayó veinte minutos después de su partida, y no al instante como debió suceder con tan graves heridas”.

Con base en esta circunstancia, los defensores pidieron un *habeas corpus* ante la Corte Suprema de Justicia; la que nombró al doctor Ángel Góchez Castro como juez ejecutor. Este dictaminó que no era procedente la orden de dejarlo en libertad. Pero semanas más tarde, en agosto de 1939 la Cámara Occidental decreta la libertad del joven Interiano.



DIARIO DE OCCIDENTE.- Santa Ana, Martes 17 de Enero de 1939.

Diario de Occidente

DE INFORMACION Y CULTURA.

Conocido Delincuente de Sociedad, Comprometido en el Crimen del Circo Graves Presunciones Contra Ernesto Interiano

“Es don Neto que Viene Disparando en su Limosina, no se Aflijan.....”

“Don Ernesto Sacó el Revólver por una Ventanilla y Disparó Hacia los Arboles Cercanos a la Carpa del Circo y Cuando Terminó los Seis Disparos, Cargó Otra vez el Arma”, Dijo uno de los Testigos El presunto autor del hecho huyó.-Dos personas están detenidas en vías de investigación.-Otros detalles

Algunos santanecos rechazaron el fallo absolutorio atribuyéndolo a la impunidad cobijada por la posición social del encausado. En el “Diario de Occidente”, Serafín Quiteño escribió un artículo alusivo al caso, titulado “Delincuentes Consentidos”. Este escrito motivó un fuerte intercambio de palabras entre Interiano y Quiteño.



Samuel Álvarez entra en escena



CIRCULACION
CERTIFICADA
(MES DE AGOSTO)

*Hoy que Nacimos en San Pablo
en Centro America*
El Diario de Hoy
EL DE MAYOR CIRCULACION
EN LA AMERICA CENTRAL

327.645
EJEMPLARES

CON ARMA DE VIENTO FUE HERIDO UNO DE LOS AGENTES DE POLICIA

El dictamen de los expertos

Es valioso para aclarar
un hecho sangriento

Santa Ana., 9.— El juez del crimen doctor Abdón Martínez ha continuado laborando intensamente en el informativo instruido para averiguar quien fué el autor de los disparos que lesionaron a los agentes de la policía nacional Ramírez y Alfaro, hecho que mantiene conmovida a la opinión pública.

Importante diligencia se registró esta mañana en la sala del juzgado, estando presentes los doctores Perla y Hernández, médicos forenses, el defensor del acusa-

do, doctor Góchez Castro y los técnicos en balística mayor José María Velasco y capitán Fernando Avila Figueroa, ambos pertenecientes al quinto regimiento de infantería; estuvieron presentes también los ofendidos señores Alfaro y Ramírez.

Al final de la diligencia se levantó un acta en la cual consta lo que dijeron los técnicos en balística, quienes manifestaron que uno de los disparos fué hecho con rifle calibre 22, que tiene un alcance de una milla y no es de mayor peligrosidad. Al otro

A partir de los anteriores sucesos, todo hecho acontecido en el occidente de El Salvador la policía lo adjudicó a Ernesto: una disparazón durante los jaripeos en Texistepeque, las pintas antigubernamentales en Santa Lucía, el corpiño colocado nocturnamente sobre el busto de una virgen en la iglesia de El Congo. De nada servía que el muchacho alegara encontrarse a kilómetros del lugar de los hechos.

Un domingo, junto a un grupo de amigos fue a bañarse al Lago de Coatepeque. Al día siguiente se supo que Samuel Álvarez, acaudalado cafetalero, había recogido en la carretera a un hombre atropellado y lo había llevado al hospital.

Cuando la autoridad investigó el caso, Álvarez aseguró que había sido Ernesto el culpable del hecho. Inmediatamente, el capitán Luna convocó al joven para comunicarle que estaría bajo arresto domiciliario hasta que se produjera un dictamen judicial.

En Santa Ana, nada puede ocultarse. Pronto se rumoró en toda la ciudad el motivo de la hostilidad de Samuel Álvarez hacia Ernesto. Resulta que Interiano mantenía relaciones amorosas con una maestra, que a la vez era pretendida por el cafetalero.





Son las dos de la tarde —1 de noviembre de 1943—, en la esquina, un bolito se desgañita recitando versos de José Valdés.

*Recuerda lo que en otros tiempos eras,
en las sombrías noches desoladas,
cuando no florecían primaveras,
ni sonrisas de rosas ni de amadas.*

—En la cárcel vas a florecer vos, ¡por borracho! Le responde uno de los agentes de la Policía Nacional, que junto a otro, golpean al declamador pasado de tragos, quien arma una gritería y se resiste al arresto.

Es la hora del almuerzo, Ernesto se está despachando un colorido fiambre, tradicional en el Día de los Difuntos. En la bandeja rebozan aceitunas, huevo, pollo, papas, quesos, guisantes, remolachas, sardinas y güisquiles.

De pronto, escucha los gritos de auxilio del joven vapuleado por los agentes. Ernesto busca su rifle de aire, lo carga con balines, trepa en el árbol tras el muro y dispara contra los agentes Orlando Ramírez y Moisés Alfaro a los cuales les causa lesiones leves. A falta de noticias impactantes, distintas de las que vienen de los frentes de guerra europeos, la prensa infla pomposamente el suceso.

El capitán Luna personalmente se encarga de levantar los cargos. El juez Abdón Martínez inicia el juicio. El abogado defensor es el doctor Ángel Góchez Castro, quien esa tarde llega a casa de Ernesto. Lo encuentra alistándose para ir con su novia Noysi Méndez al baile de coronación de la Reina del Café.

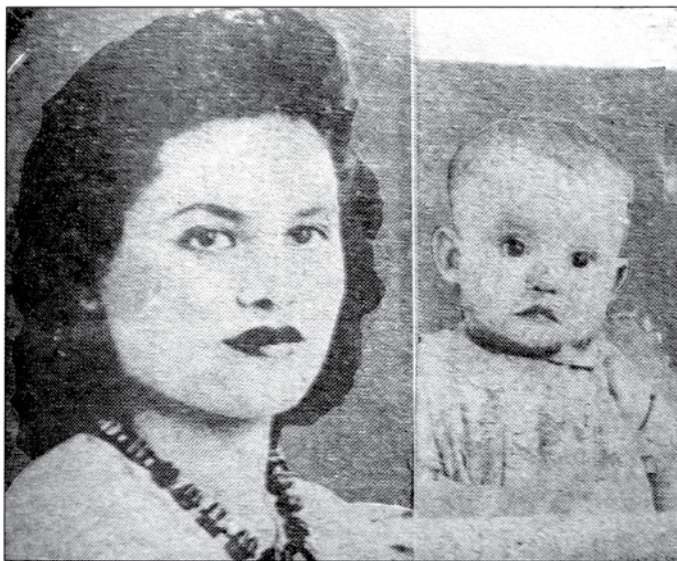
—Ni se te ocurra salir a la calle con este escándalo que han armado por los balines que le disparaste a los agentes.

—Ya se calmarán —responde Ernesto.

—Frente a la casa hay una multitud de curiosos en espera de que la policía venga a capturarte. Tal es la novelería que hasta el propio Samuel Álvarez almorzó en la esquina para verte salir esposado.

—Por lo que más quieras, Ernesto, sal del país un rato, no cometás más temeridades, mirá que apenas sos un cipote —le aconseja Góchez Castro.





La presente foto muestra a la joven Clara Luz Tovar de origen guatemalteco, quien acompañó a Ernesto Interiano en los primeros días de la dramática persecución iniciada contra él. A bordo de un automóvil y con un niño de pocos días de nacido, lo siguió a través de un periodo de su vida agitada y turbulenta. La niña que aparece al lado es la pequeña Miriam, hija también del joven Interiano. Hasta la vez se desconoce el paradero de la joven Tovar y del pequeño niño a quien nos hemos referido.

—Vea, doctor, lo que me perjudica no es el trago, como usted pudiera pensar; a mí me persigue la fatalidad. En todos los actos de mi vida hay algo fatal. En La Montañita maté a un hombre por hacer disparos al aire, sin haberme tomado una copa. Créame doctor, yo puedo contestar con bala cualquier agresión y luchar como hombre sin importarme a cuántos me vaya a enfrentar; pero jamás podría matar a sangre fría.

Por el momento, Ernesto acata el consejo de no salir esa noche. Pero, al amanecer, toma la decisión de huir. Enciende el motor de su Chrysler y sale a la calle. Uno de los policías que vigila la casa, adormitado ve pasar la mancha vertiginosa del llamado pájaro azul. Sobre una moto dos policías inician la persecución, otros cuatro lo siguen en una patrulla. Frente al parque, el inspector de tránsito Emilio Reyes intenta interceptarlo; Ernesto hace dos disparos al aire para amedrentarlo y escapa a toda velocidad.

Recoge a uno de sus amores: Clara Luz Tovar y a su hija Miriam, de dos meses de edad. De inmediato parte hacia el Lago de Coatepeque.



La pesadilla del General





Muy temprano en la mañana, el jefe de la policía se dispone a tomar atol de elote cuando recibe un urgente telegrama:

*Capitán
Rosendo Albino Luna
Santa Ana*

Infórmole que el Presidente de la República viajará fin de semana al Lago de Coatepeque. Refuerce medidas de seguridad. Insistentes rumores indican que los facciosos continúan sus asechanzas contra la vida del general.

*General Tomás Calderón
Ministro de Gobernación*

En cumplimiento de la orden, desde Santa Ana es enviado el inspector Rafael Gallegos, junto a otros agentes con la misión de vigilar los accesos al sitio donde descansará el general. Al mediodía llega la comitiva presidencial al Hotel del Lago: cuatro limosinas y dos motorizados. Con la mesa puesta, esperan sus propietarios, don Jacinto Bustillo y su esposa Angélica que ese día cumple veintitrés años.

El general desciende, estira las piernas, contempla el lago a contraluz de la resolana y toma el brazo de su esposa Concha.

—Tengo hambre —le dice.

—Yo también, el viaje se me hizo largo.

Joaquín Leiva, el circunspecto jefe de protocolo pregunta a don Jacinto si ya enviaron la comida que en estas ocasiones especiales le preparan en Santa Ana las señoritas Vides.

—Todavía no ha llegado, pero en el hotel tenemos alcachofas gratinadas y sopa de cangrejo —contesta el hotelero con su acento vasco.

—Espere un momento don Jacinto —dice Leiva, y se aproxima al





Una semana de
descanso en la laguna
beneficiará su salud.

Reservaciones al teléfono número 4
Hotel "DEL LAGO"

HOTEL DEL LAGO

COATEPEQUE

general para consultarle si acepta la propuesta.

—Que sssirvan la messha —ordena.

A la hora del almuerzo, antes de probar el primer bocado, saca “la guayaba”: su péndulo de radiestesias. Lo suspende sobre las alcachofas, observa unos segundos, y el péndulo se mueve.

—No esstá envenenada, buen provecho señoresss —exclama.

—Presidente, si me permite, leeré el resumen de los hechos más importantes del mes, por si desea referirse a alguno de ellos durante la charla que dará el jueves por la radio —le propone Leiva.

—Adelante, le essscucho.

—Bien, primero tenemos que el Papa Pío XII, a través del nuevo Nuncio, envió su bendición al pueblo salvadoreño. Los aliados se preparan para la batalla de Roma. Berlín está siendo masivamente bombardeada por los ingleses. En cuanto a los hechos nacionales... se presentó la selección nacional de fútbol, entrenada por Américo González Mena. Este mes, su excelentísimo Gobierno, fundó el Instituto Indigenista Nacional...

—¿Y eso para qué sirve? —interrumpió la primera dama.

—Luego te explico, Concha... —siga leyendo Leiva.

—Seis miembros de la familia Aguilar Meardi regresaron al país después de permanecer en un campo de concentración nazi en Francia. A bordo de un barco expreso, llegaron quinientos salvadoreños que trabajaban en el Canal de Panamá, luego de terminar sus contratos... eso es todo presidente...

—¿Le parece poco? —comenta doña Concha, sonriente.

A la hora de la siesta el general pide permiso, se levanta y va a acostarse en una de las hamacas. Cuando oye que tose el niño de los Bustillo, aconseja a doña Angélica.

—Dele las aguasss asshules. Ponga un frassco azul, lleno de agua expuesta al sol durante nueve díass, y que beba un sssorbo cada hora par. Es un remedio infalible.

Balanceándose entre dos palmeras el general pronto se sumerge en sueños. Mientras tanto, asomado a la ventana de la cocina un mesonero contempla las aguas del Coatepeque, inspirado, comienza a desafinar a Agustín Lara:





*Hay en la laguna... reflejos de luna...
quietudes que solo conoce el cristal...
un cisne se aleja...
vistiendo de rojo su carro triunfal
y junto a la reja... se ve una pareja...
¡que rompe el silencio
de un beso sensual!*

El sol ya ha descendido, cuando el general despierta sobresaltado. Sudoroso y angustiado le comenta a su esposa:

—Concha, tuve una pesadilla...

—Ajá... contame.

—Soñé que encima me caía *una hojarasca lenta y podrida, que me fue sepultando. Entre las hojas, como grandes gotas, caían los ojos de los fusilados del 32, y entre hojas y ojos, había desteñidas fotografías de mujeres y huérfanos con el rostro rodeado por la oscuridad de la angustia... y después, después soñé que se me acercaba un jornalero descalzo, cuchillo en mano y me cortaba en pedacitos... chucús-chucús... sonaba el cuchillo, como cuando uno puya un saco de sal con una espina de cutupito...*

A mi entierro venían miles de hormigas y de banqueros con levita, mi cadáver lo cargaban las hormigas. Los banqueros, iban cantando cantos tristes, y cantos alegres las hormigas...

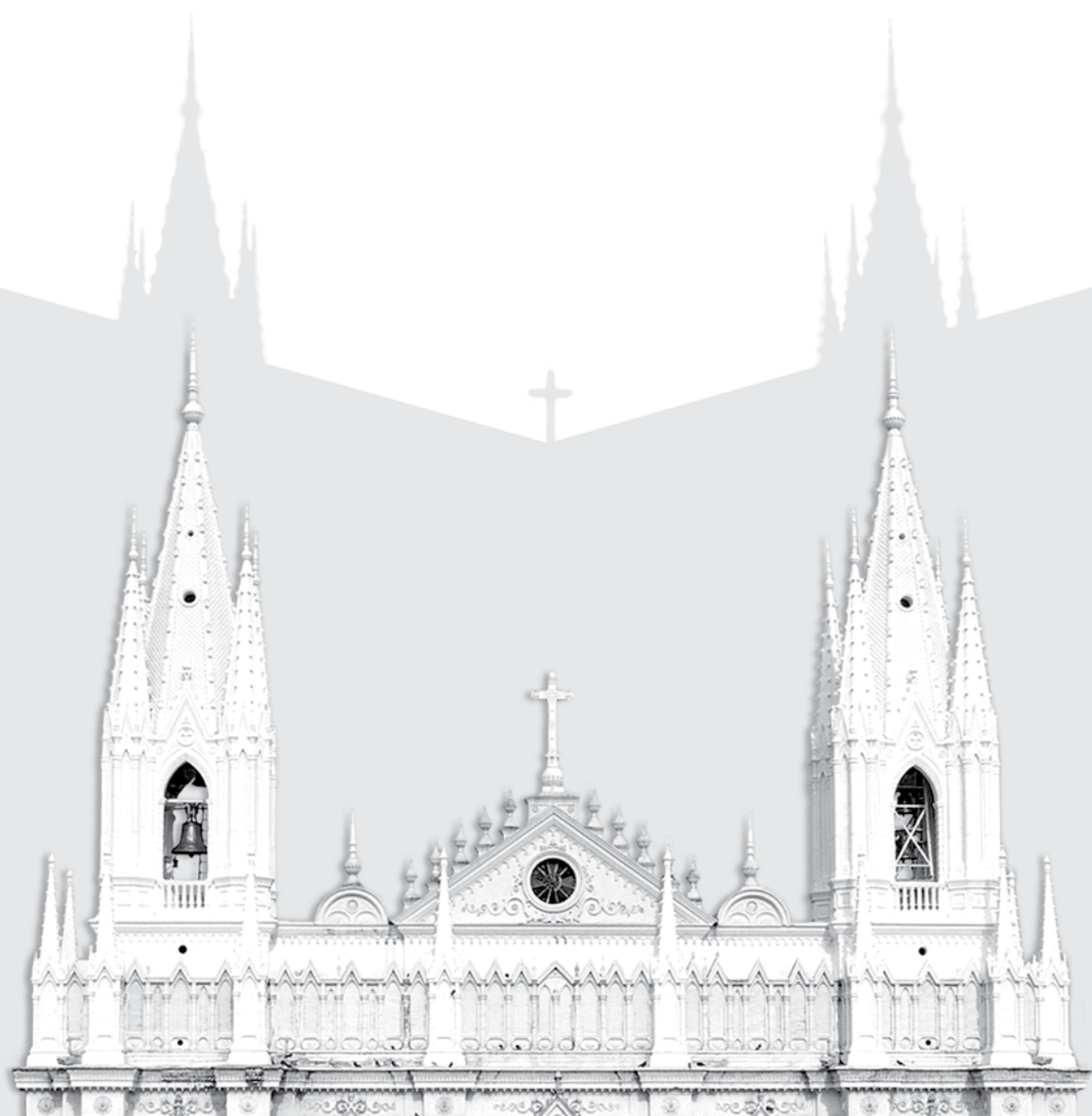
—¡Jesús! ¡Qué clase de sueño! Te dije que no comieras tanto... eso fue algo que te cayó mal... —exclama Doña Concha.

—No, no es eso. Es un aleteo de presentimientos... ¡Vámonos para San Salvador! No soporto este paisaje. Me imagino que en el medio del lago va a levantarse un volcán vomitando fuego... ¡Vámonos! voy a consultarle a Trinidad Huevo el significado de esa pesadilla.

La caravana presidencial parte hacia la capital precedida de motociclistas, y de la tropa de espíritus que el general invoca para que no arribe la hora funesta anunciada por la pesadilla del mediodía.



Escena para un tango



Ultima Fechoría De Interiano Provoca Su Espectacular Persecución En El País

SANGRIENTA TRAGEDIA

EN EL KILOMETRO 151

Culmina Con La Muerte Del Inspector Señor Gallegos

Don Samuel Alvarez, Su Esposa y Dos Hijos, Vivieron Minutos De Peligro.—Fuga Espectacular De Interiano.—Toda La Zona Occidental Está Siendo Recorrida Por La Autoridad

Sensación En Santa Ana

Espérase que la Ley caiga con todo rigor sobre el culpable

—Estoy como si hubiera vuelto a nacer— nos decía ayer tarde, en las oficinas de la Dirección de Policía de Santa Ana, don Samuel Alvarez, quien, con su familia, estuvo a punto de morir a manos de Ernesto Interiano.

Cuando recibimos noticias del suceso pensamos que nada mejor que trasladarnos a la Metrópoli Occidental para hablar con los testigos del hecho. No era hora de audiencia en la Dirección de Policía, pero el agente que nos introdujo manifestó:

—El Comandante Luna les espera en su despacho: son ustedes periodistas y tienen la puerta abierta.

El Comandante Luna hablaba por teléfono en esos instantes, impartiendo órdenes tendientes a la captura de Interiano, acusado de uno de los más atrevidos atentados

BUSCADO POR LA AUTORIDAD



Ernesto Interiano quien es buscado afanosamente por las autoridades, en todo el territorio de la República, para que responda por el grave drama que provocara.

dos contra el señor Alvarez y contra agentes de la autoridad.

Una Vida Agitada

Ernesto Interiano, cuya historia es muy conocida del público, ha llevado una vida agitada; se le ha acusado en diversas ocasiones, por hechos que causaron sensación y siempre ha vuelto a la libertad. Anduvo a salto de mata, a veces, y así logró burlar la persecución de las autoridades, traspasando las fronteras.

Ultimamente su casa estaba vigilada, porque había algo que pesaba en su contra. El señor Alva-



Don Rafael Gallegos Inspector de la Policía Nacional, quien murió en el cumplimiento de su deber, al enfrentarse valientemente a Interiano.

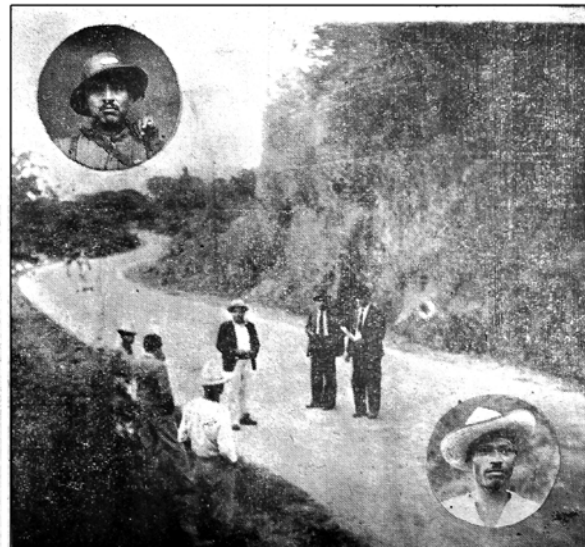
LA PRENSA GRAFICA

Nuestra Los Hechos

Refleja La Opinión

Año XXIX | Editores - Proprietarios: San Salvador, El Salvador, C. A. | Director: Jefe de Redacción: RAMON FLEITER.

EL SITIO TRAGICO



Esta fotografía muestra el sitio en que se desarrolló la tragedia que culminó con la muerte de un leal servidor de la Policía Nacional, el Inspector Rafael Gallegos. Aparecen en ella agentes

res declaró como testigo al iniciarse las diligencias. Interiano supo que el doctor Abdón Martínez había dictado orden de captura— en su calidad de juez— el sábado anterior. De esta manera plancó su

tes de la Policía de Investigaciones y el Comandante Cantonal que trató de ayudar a las víctimas de Interiano; y fue tomada cuando se explicaba a los redactores de LA PRENSA GRAFICA

fuga para el domingo por la mañana, de su misma casa de habitación, situada a media cuadra de la Policía.

la forma como se desarrolló el grave suceso. En los avales están el agente de la Policía Alvaro Humberto Rivera y el Comandante de Patrulla señor Landaverde, a quienes se menciona en la crónica.

siete de la mañana de su casa, en automóvil, aprovechando quien sabe cómo la posición del agente que custodiaba la casa. El Inspe-

— Sigue en la página 3ª —

Al desmontar el dispositivo de seguridad en torno al Hotel del Lago, el inspector Gallegos y el agente Alvaro Rivera, al borde de la carretera esperan que alguien les dé un aventón. Providencialmente, rumbo a Santa Ana, pasa Samuel Álvarez, quien observa a los policías que le hacen señas; por un momento duda si los monta en su vehículo junto a su esposa *Mimía Meza Ayau* y sus hijos, Emma y Samuel. Pero la fatalidad prepara un drama: se detiene. Los policías, agradecidos, abordan el vehículo.

No habían transitado largo trecho cuando en el kilómetro 51, cerca de La Pedrera, pasa veloz el Chrysler azul de Ernesto Interiano; Clara Luz va a su lado, en sus brazos duerme Miriam, su hija recién nacida.

Cuando reconoce a quien anteriormente le había levantado una falsa acusación, Ernesto da un giro y lo persigue. Al alcanzarlo cruza el vehículo en la carretera y desciende.

—Samuel Álvarez, ¡quiero que hablemos como hombres! —le increpa.

—No tengo nada que hablar con vos —responde el cafetalero.

—Me has hundido Samuel, ¡creí que eras mi amigo!

—¡Yo no puedo cargar con tus lodos, Ernesto!

El teniente Gallegos intempestivamente desciende del vehículo, toma posición de tiro, piernas abiertas, apunta la metralleta al pecho de Ernesto pero este saca la pistola, dispara primero y le rompe la muñeca izquierda. Otro impacto derriba al policía. El agente Rivera se adelanta para forcejear con Ernesto, y al ser desarmado se lanza al fondo del barranco. El teniente Gallegos mortalmente herido logra montarse en el vehículo en momentos en que don Samuel arranca y huye del lugar.



Peligroso criminal es per la Guardia Nacional en t

HA ULTIMADO A UN INSPECTOR DE LA

Las autoridades civiles y militares de la república buscan a Ernesto Interiano, sindicado de graves crímenes y especialmente por asalto en despojado y muerte de un Inspector de Policía Nacional. Ernesto Interiano tiene la siguiente filiación: estatura, 1 metro ochenta centímetros; de poco más o menos 32 años de edad, complexión fuerte, bien parecido, tiene portos de gente muy educada, blanco, nariz recta grande, boca mediana, frente amplia, ojos castaños, pelo negro castaño, liso peinado hacia atrás, barba espesa negra, pero puede habersela razurado, cuando huyó de su madriguera vestía traje montar, pero puede habérselo cambiado, posiblemente lleva algunos golpes.

El director de la policía de Santa Ana y el resto de autoridades del país pueden ser informadas del paradero del sujeto en referencia, quien el pasado domingo, ayer, sembró el terreno en aquella ciudad occidental, habiendo ultimado al Inspector Rafael A. Gallegos y golpeado al agente H. Ri-

vera, cuando intentó el asalto en la Carretera Panamericana, sección comprendida entre Santa Ana y Coatepeque, del automóvil del cañicutor don Samuel Álvarez y familia, quienes retornaban del Lago de Coatepeque y, milagrosamente, acompañados de agentes de la autoridad.

Se fuga de la casa donde estaba acorralado hacia varios días.

Santa Ana, 28.—En la mañana de ayer, aprovechando un descuido de sus vigilantes escapó de su residencia Ernesto Interiano, acusado en los tribunales de esta ciudad, por disparos de arma contra dos agentes de la policía nacional.

La dramática fuga la verificó Interiano a bordo de un automóvil y el sujeto en referencia hizo disparos en el propósito de que se le evitara fugarse. Obró con tal rapidez que todo intento por detenerlo fue infructuoso.

Después de una ansiosa búsqueda, sin que pudiera sa-

Ernesto se dirige hacia el volcán de Santa Ana en busca de un escondite apropiado para pasar la noche.

La noticia llega de inmediato a Casa Presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez contempla a su esposa a través del frasco azul de sus aguas mágicas.

—Concha... ¿Sabés el chambre que andan contando? Que Ernesto Interiano quería matarme... me llamaron de Santa Ana para decirme que era a mí a quien estaba esperando, y no a don Samuel Álvarez.

—¡Dios guarde!

seguido por la Policía y odo el país actualmente

POLICIA Y COMETIDO OTROS HECHOS

berse donde se había metido, como a las seis de la tarde, cuando don Samuel Álvarez y su familia regresaban del Lago de Coatepeque llevando con ellos al Inspector Rafael Gállegos y al agente Humberto Rivera, un carro intentó cometer un asalto y los ocupantes del carro que se atravesaba notaron que agentes del orden acompañaban a la familia, e inmediatamente hicieron fuego contra ellos, sin dar tiempo a que los policías se defendieran, cayendo muerto el Inspector Gállegos. Los asaltantes huyeron, llevándose a un agente que más tarde, todo golpeado, abandonaron en el camino.

El citado Interiano ha recogido a una banda de fascinosos y con ellos ha emprendido la fuga y ha iniciado la siembra del terror, a la usanza de los más oscuros criminales de Chicago. Cuando se desapareció el policía se creyó que Interiano pretendía tener como rehén al agente, pero como no apareció parece que ahora huyen con los fascinosos sin más amparo que su criminal pistola.

Pasa por El Chilamatal

Como a las 7 y minutos pm., de ayer, según informes transmitidos desde Santa Ana, se vio a Interiano pasar por El Chilamatal en el carro 1109, pero desde aquí se ha perdido el carro y toda huella. Se asegura que el carro de Interiano es el número 593.

Posible zona de Acción

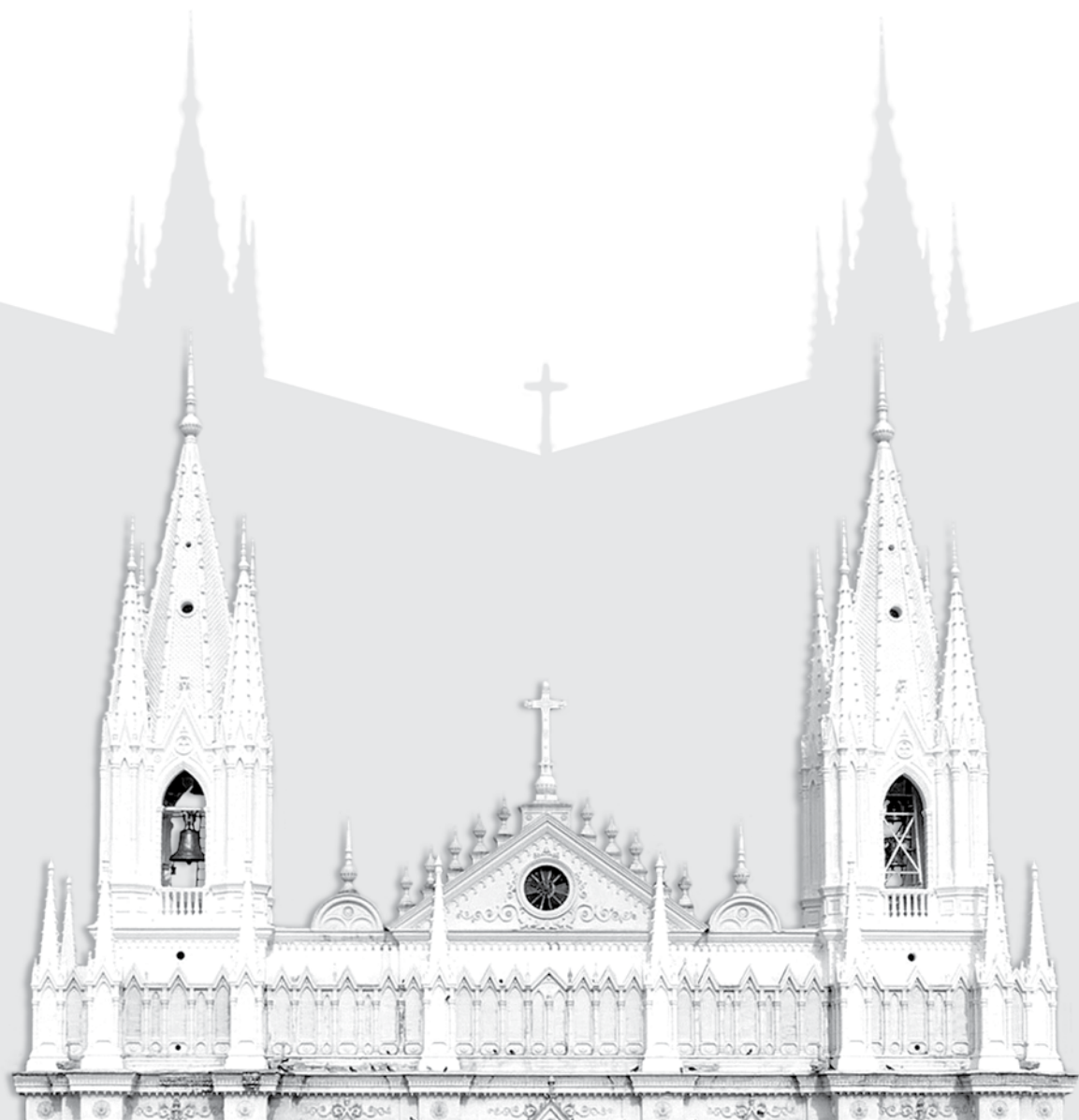
Se cree que Interiano se ha refugiado en una zona que comprende El Sitio del Niño, Armenia, Opico, Lago de Coatepeque y el Volcán de Santa Ana. La Guardia Nacional registra, con otras autoridades, todos esos lugares.

Hay pánico

Sabiendo que Interiano anda dispuesto a matar, los vecindarios están alarmados, pero según se nos dijo todo dato que se suministre a la policía será agradecido.



Enemigo público





Samuel Álvarez

“La Prensa Gráfica” envía un reportero a Santa Ana y en la edición del martes 30 de noviembre de 1943, reproduce las declaraciones de Samuel Álvarez, quien ante varios periodistas relata su odisea:

—Estoy como si hubiera vuelto a nacer. No sé cómo pude escapar con vida de la furia satánica de Interiano...

Mientras tanto, el comandante Albino Luna, habla por teléfono con el Presidente de la República:

—No, mi general, esta vez no escapará. Sí, capturamos un vehículo con las placas número 1109, las mismas que anda Interiano, pero no era el suyo. El muy diablo las ha falsificado. También le informo que hubo un accidente con una de mis patrullas, los agentes andan tan nerviosos que en la persecución atropellaron a un niño frente al parque Anita Alvarado. Otros agentes por error acribillaron a un taxi creyendo que era Interiano... Sí, mi general, no volverá a suceder. He ordenado una búsqueda minuciosa por todos los rumbos... Sí, incluyendo la frontera. Como usted ordenó, ya partió a perseguirlo un escuadrón del Regimiento de Caballería... ¿Cómo? sí, correcto, la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda también están movilizadas. Si va en automóvil se le acabará la gasolina, si va a pie, lo encontraremos. Sí, señor presidente, lo capturaremos aunque se esconda en el fondo de la tierra.

El entierro del teniente Gallegos es encabezado por funcionarios del gobierno que portan flamantes coronas enviadas por Pro Patria, el partido de gobierno, así como esquelas mortuorias remitidas por la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda. Los gastos del entierro son pagados por Samuel Álvarez.

El 10 de diciembre, el doctor Góchez Castro recibe un mensaje de Ernesto, le pide una cita en su bufete. El abogado le responde que tal cosa sería una temeraria imprudencia. Como alternativa, fija el encuentro en el beneficio Río Zarco, de don Roberto Battle. Allí se reúnen.





Ernesto llega a la hora fijada, barbado y exaltado:

—Doctor, le traigo esta carta donde le quiero contar mi versión sobre lo que pasó en Coatepeque.

El doctor Góchez Castro se coloca los espejuelos y lee en voz alta:

Es mi propósito hacer de su conocimiento con lujo de detalles, los hechos que se me imputan en el penoso caso del domingo 28 de noviembre, y en el cual se me inculpa falseando los hechos; le haré un relato minucioso y le garantizo por lo más sagrado que lo que le expongo es la verdad:

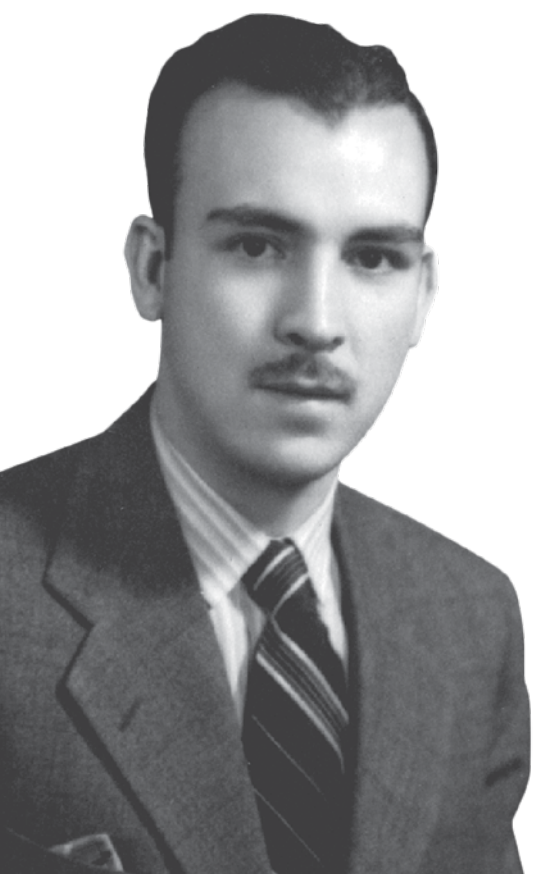
El sábado 27 de noviembre, por mera casualidad, llegó a mi conocimiento que el juez que me juzgaba por un incidente callejero, había decretado mi detención y allanamiento de mi casa, por presión del capitán Luna. Ante esta noticia, y pensando que en ese caso peligraría hasta la vida de mi madre, la de todos los familiares y la mía, resolví exponerme solo y huí en mi automóvil.

Ese mismo día la casualidad quiso que en mi fuga me encontrara con Samuel Álvarez, con quien anteriormente tenía nexos de amistad. Dicha amistad se había opacado a causa de que el mencionado señor dio contra mí una declaración falsa sobre un accidente de tránsito que aconteció en las proximidades de El Congo.

Mi encuentro con Álvarez aconteció como a las seis y media de la tarde del mencionado domingo 28 de noviembre, y poco más o menos a doscientos metros de la casa Flor de Lis, del coronel Estupinián. Como yo ignoraba que Samuel estuviera custodiado por agentes de policía (la conciencia lo acusaba por su injusta declaración contra mí), acerqué mi automóvil al de él. Bajamos los dos de nuestros carros e inmediatamente le reclamé con palabras enérgicas pero corteses, que por qué había dado aquella declaración injusta y falsa contra mí, y haciéndole ver que el proceder de un amigo sincero, como yo le creía, no era el de tratar de hundir con un testimonio falso a quien se le brinda la palabra grande de la amistad.

En estos momentos sonaron unos disparos en el interior del automóvil de Samuel, ignorando yo por el momento quién los hacía, pero sí le reclamé a Samuel que por qué me hacían fuego, que mis intenciones no eran belicosas ni agresivas. A continuación de dichos disparos, oí voces de mujer en el interior





del carro de Samuel que suplicaban suspender el fuego. Entonces en ese momento Samuel desenfundó su arma, no sé con qué intenciones.

En esos momentos de tribulaciones y gritos, por la puerta del automóvil de Samuel salió un policía que se me abalanzó haciéndome disparos con una pequeña ametralladora de pecho, la cual usó además para darme culatazos. Rodé por el suelo. Pronto me levanté aturdido, vi al otro policía disparándome y al de la ametralladora a punto de dispararme de nuevo. En esos momentos para librarme de esa agresión tan brutal, disparé mi revólver varias veces. Vi caer al de la ametralladora. Pero no sé si le acerté. Me dirigí inmediatamente al otro policía, al comprender mi cólera se hincó implorándome piedad, y suplicándome que le perdonara la vida, que lo hiciera por su madre y por sus hijos, que sería mi esclavo y que fue en un momento de ofuscación que había intentado matarme.

Como usted comprenderá, estimado doctor, ante una súplica humillante no me era posible saldar cuentas con quien acababa de tratar de matarme a mansalva, valiéndose de su posición ventajosa y de la oscuridad del carro de Samuel. Así fue como no quise mandar a descansar a semejante cobarde, pues solamente un criminal empedernido podía matar a aquel desgraciado que imploraba perdón de su vida.

Como constancia de lo relatado tengo en mi poder el revólver que decomisé a tan valiente representante de la policía. Si necesario fuere para comprobar este desarme, aún tengo en mi poder dicho revólver, el cual es Smith/ Wesson de los reglamentarios de la Policía Nacional, cuyo número es 558-653.

En la precipitada fuga del automóvil de Samuel, estuvo a punto de atropellar a una persona que me acompañaba y que trató de evitar que me mataran.

Usted comprenderá, doctor, por este relato y el resultado de los hechos, que no tuve la menor intención de dañar a Samuel. Así como deseo manifestar que Samuel no hizo uso de su arma contra mí.

Si usted cree que es conveniente presentar esta carta y que conste como mi declaración, hágalo; más bien dicho, deseo que así lo efectúe. Salvo que usted estime que me es perjudicial.

Me suscribo de usted atento servidor y sincero amigo.

Ernesto Interiano



EL CASO INTERIANO

Escribe: SALVADOR CAÑAS

¿QUE ARGUMENTOS podríamos agregar nosotros a los muchos que Serafín Quiñeño expuso en "Diario de Occidente", en ocasión pasada, por otro crimen cometido por Ernesto Interiano? Argumentos sólidos e irrefutables fueron aquéllos. Fue el periodista en referencia un análisis amplio, preveído de una serie de circunstancias que proyectan estos atentados a la vida humana. Recordamos que por esta actitud, estuvieron a punto de ser matados, Quiñeño y Ramón Hernández Quintanilla. Directores de aquel periódico, a manos de Interiano.

El tal sujeto ha vuelto a escandalizar y a indignar a las gentes con otros crímenes. La prensa diaria ha dado cuenta detallada de ellos. El pueblo ha leído leyendas y versiones a porfía, algunas fantásticas y pintorescas.

Indudablemente, el caso Interiano, aparte la espectacularidad y apasionamiento naturales, se presta a consideraciones reposadas. El pensador, el maestro, el periodista, el hombre de leyes, el médico, en fin, todo el que en alguna forma contribuye al cultivo y desarrollo de la moralidad y de la cultura en el país, tiene que preocuparse por el estudio de fenómenos individuales como el actual, que trascienden a ser sociales, para señalar la causa o causas y el consiguiente remedio. Se tiene noticia de que este individuo ya había delinquido criminalmente. Encontró, hasta cierto punto, expeditos los caminos para eludir o aliviar condenas. Es de suponer que se trata de algún morbosito, capaz de simular la más exquisita caballería y hasta buen corazón. Parece que personas que se han dirigido a él por diversos motivos, se han impresionado bien por sus modales refinados, como por la claridad de sus juicios. Esas mismas personas, de ser ciertas sus afirmaciones, dicen que son momentos anormales los que Interiano vive, momentos, desde luego, de ferocidad irrefrenable.

¿Que oscuras taras mueven a este individuo? ¿Que desequilibrio pudo haber habido, o qué error lamentable se cometió al pretender educarlo? ¿Que origen o semejante aberración? ¿Que factores íntimos y ambientales influyeron e intervinieron en la deformación de su carácter? ¿O qué resentimiento guarda para determinada clase que al verla reaccionar de esa manera violenta? Prestámonos, el caso Interiano, al examen y reflexión del médico, del pensador, del maestro, del periodista, del hombre de leyes. El caso en sí, es decir, en lo personal, ofrece materia explotable; pero quizá convenga relacionarlo con otras circunstancias exteriores. Sería necesario averiguar hasta dónde el medio colabora funestamente en el fomento de una conducta de tal índole. Cómo presiona ese medio en un sentido feliz o nefasto. Cuál la génesis, cuál el proceso de desenvolvimiento de ese medio. ¿Que Interiano es morbosito? ¿Que Interiano es irresponsable? De acuerdo, pero

deben buscarse las raíces de esas anomalías, recomendadas, para que los casos no se repitan, reperiendo en otros individuos de igual naturaleza e inclinaciones. ¿Que se castigará ejemplarmente a Interiano por sus crímenes? No basta. El mal puede quedar socavando instituciones por no ponerse energía, capacidad, rectitud.

Manuel Torre, periodista mexicano, si no estamos mal informados, cuenta y comenta lúcida y acertadamente el interrogatorio que le hicieron en cierta oficina, en México, a pequeños delincuentes. Después de enumerar causas económicas, sociales, de deficiencia educativa, de desviaciones psicológicas, como resultado de malas conformaciones biológicas, exponía las de imitación a ciertos tipos de la pantalla. Habla de un niño delincuente que se empeñaba en expresarse de "modo cantinflesco". Habla, asimismo, del origen, de los factores coadyuvantes y decisivos en el desarrollo de la pequeña delincuencia; y decía que nada se ganaba reclusiéndolos, cuando las causas que determinaban aquella permanecían intactas: causas de orden económico, social, ético, educativo, familiar. Estas causas las repetimos deliberadamente. A propósito, en el reciente Congreso Nacional del Niño, doña María de Sellarés, según referencias periodísticas, presentó un plan para lograr la completa, la efectiva reforma del pequeño delincuente. Ojalá se ponga en práctica dicho plan, a fin de resolver, entre nosotros, un delicado problema de proyecciones serias para la sociedad. Cuántos muchachos entre los nuestros, de temperamento atrabiliario y de mente aventurera, querrán imitar a Interiano. Cuántos de éstos estarán admirándolo. Su vida sensorial está herida vivamente con el relato de las hazañas del ya personaje célebre. Aunque sea empleando medios empíricos, padres de familia y maestros, pronto se dedicarán a contrarrestar la influencia perniciosa del nefando ejemplo de Interiano, en cuanto los casos surjan.

Aminorada la resonancia sensacional, producida por los crímenes y fuga de Ernesto Interiano, deben pensar, al menos los que tienen alguna responsabilidad en la formación y dirección de la niñez y juventud salvadoreñas, y quizá del pueblo todo, en la revisión y práctica de métodos educativos; en la revisión y ejercicio de la enseñanza moral; en la forma de organizar bien la familia y por ende la sociedad; intensificar los estudios de Psicología por ser la clave de muchos enigmas y conflictos de la conducta del individuo y de la del pueblo; examinar y buscar métodos viables para estructurar sistemas económicos justos; encontrar la manera de alimentar y de alojar a las gentes para aligerarles la vida; recrear a estas mismas gentes, puesto que es una necesidad biológica, psicológica y social. En resumen, el caso Interiano debe aprovecharse en un sentido positivo, o sea en el de preocuparse afanosa y científicamente por cuestiones de interés trascendental para la colectividad.

Visiblemente emocionado el doctor Góchez Castro apartó la vista de la carta.

—Está bien, Ernesto, la usaré en tu defensa. Mirá, la opinión pública está de tu lado, a pesar de las cosas que están diciendo los periódicos. Pero prométeme que no harás ninguna imprudencia.

—No tenga cuidado.

—Prometelo, Ernesto.

—Está bien... lo prometo. Dígale a mamá que cualquier día de estos llegaré a la casa.

—Pero, muchacho, me prometes ser prudente ¡Y ahora me anuncias que vas a cometer el peor disparate de tu vida!

—Está bien, no iré, por de pronto; pero la Navidad la paso con ella, de cualquier modo.

—¿Ya pensaste en la Navidad que le estás preparando a doña Mila?

Ernesto guarda silencio, mientras contempla a los cortadores de café que esparcen el grano en los patios del beneficio Río Zarco.

—Cuidáte, Ernesto, no regresés todavía a Santa Ana, aguardá unas dos horas. Como esta noche están pasando la película “*Cinco Tumbas al Cairo*”, el cine está repleto de gente, mejor esperá que salgan de la función, entonces la ciudad estará desierta. En casa de don Carlos Interiano, te mantendrás escondido.

“La Prensa Gráfica” publica un comentario firmado por el periodista Salvador Cañas:

¿Qué argumentos podríamos agregar nosotros a los muchos que Serafín Quiteño expresó en Diario de Occidente, en ocasión pasada y por otro crimen cometido por Ernesto Interiano? Recordamos que por esta razón, estuvieron a punto de ser cadáveres Quiteño y Ramón Hernández Quintanilla, directores de aquel periódico.

Interiano... es de suponer que se trata de algún morboso, capaz de simular la más exquisita caballerosidad, y hasta buen corazón. ¿Qué oscuras taras se mueven y afloran en este individuo? ¿Qué descuido pudo haber habido, o





qué error lamentable se cometió al pretender educarle, que ha dado origen a semejante aberración? ¿Qué resentimiento guarda para determinada clase social que, al verla, reacciona de esa manera violenta?. ¿Qué se castigará ejemplarmente a Interiano por sus crímenes? No basta. El mal puede quedar socavando instituciones por no ponerse energía, capacidad, rectitud.

Deben pensar los que tienen alguna responsabilidad en la formación de la niñez y la juventud salvadoreña, en la revisión y práctica de los métodos educativos... La enseñanza moral, en la forma de organizar bien a la familia y por ende la sociedad... Es preciso buscar métodos viables para estructurar sistemas económicos justos; encontrar la manera de alimentar y alojar a las gentes para aligerarles la vida...

Mientras tanto, en la jefatura policial el capitán Luna recibe al doctor Góchez Castro.

—Capitán, vengo a pedirle, por humanidad, que levante su orden de que nadie entre o salga de la casa de doña Emilia Interiano.

—Lo siento, doctor, a esa casa no entrará ni saldrá ni una mosca.

—¿Ni siquiera lo necesario para la alimentación de la familia, capitán?

—Aunque se mueran de hambre... en este país tocar a la Policía Nacional es tocar al Santo Papa... el crimen contra el inspector Gallegos tendrá un castigo ejemplar.

—Solicitaré un *habeas corpus*...

—Hágalo... mientras tanto sostendré la orden de cerco total a la casa. Discúlpeme, doctor, tengo que hacer mi trabajo... ¡Sargento Ticas!

—¡Sí, mi capitán!

—¿Qué noticias tiene de ese demonio?

—A Interiano lo vieron a las ocho por Armenia y en este momento va pasando por Izalco.

—No sea muela, sargento... ¡Ni que tuviera un cuete en el culo... Que redoblen las patrullas!

El jefe miró fijamente a los ojos de Góchez Castro.

—Vea, doctor, a Interiano puede considerarlo como muerto; así se lo he ofrecido a mi general Martínez...





—Con todo mi respeto, capitán, usted es la autoridad y por castigar un delito no puede ordenar otro. Salga a la calle, pregunte qué piensa la gente sobre todo esto. ¿Por qué cree que la gente común está del lado de Ernesto? ¿Por qué esa aureola de simpatía hacia él? Incluso de personas que reprueban su proceder. La ciudadanía rechaza la forma en que se están haciendo los allanamientos policiales. ¿Sabe lo que ha hecho la Policía en la finca La Montañita? ¡Atraron a los cortadores y los azotaron con barbarie!

—Lo siento, doctor, no tengo más tiempo... salgo con mis hombres hacia El Congo, el deber me llama.

En ese instante, en medio de las carreras de los piquetes de la policía y el ejército, Ernesto sale de la casa de Mariano Samayoa, donde ha estado hospedado. Por las calles de Santa Ana camina sin disfraz, acompañado por Raúl Godoy. Marchan a buscar un nuevo alojamiento clandestino en casa de las señoritas Valiente.



La espesa montaña



**CIRCULACION
CERTIFICADA**
(MES DE SEPTIEMBRE)

*Hay que leerla en San Pablo
en Centro America*
El Diario de Hoy
EL DE MAYOR CIRCULACION
EN LA AMERICA CENTRAL

**374,725
EJEMPLARES**

E. INTERIANO SIEMBRA EL TERROR EN TODA STA. ANA

A bordo de un automóvil y haciendo disparos se fugó ayer en la mañana Cobardemente mata al Inspec. Antonio R. Gallegos y al agente H. Rivera

Repartía ropa en el mercado y creyeron que se volvía orate

EL CRIMINAL VIAJA CON UNA PANDILLA DE FASCINEROSOS

Uno de los cadáveres ha sido llevado a bordo del vehículo

Enorme indignación priva en el alma de todas las personas de la metrópoli de occidente

Sanja Ana, 28. — Un conocido elemento de esta ciudad penetró un día de estos en el mercado municipal y en un inesperado rasgo de generosidad compró muchas piezas de ropa que se puso a repartir inmediatamente entre los transeúntes que presentaban mayor aspecto de pobreza. Delantales, perrajes, combinaciones, modestos pantalones femeninos de distintos colores, repartía el mencionado señor quien a los pocos momentos de iniciar el reparto se vio rodeado por una multitud enorme de pedregueros. Algunos pequesos se alarmaron porque creyeron que el obsequiante había perdido la razón, pero él no daba indicios de estar loco.

Sin embargo, su generosidad le ocasionó serios disgustos, pues así que hubo gastado hasta el

Su generosidad le ocasionó un serio disgusto

Último centavo de una fuerte suma de dinero en comprar ropa, repartiéndola inmediatamente, se vio todavía acosado por más de un centenar de hombres, mujeres

DE GUATEMALA

Vinieron de Guatemala, después de pasar una grata temporada en aquella ciudad, las señoras Dora y María Ruano quienes por tal motivo han sido objeto de cordiales agasajos.

y niños, quienes se le prendían al cuello, y lo estrujaban lamentablemente, rompiéndole la ropa y las carnes, impidiéndole a que comprara y regalara más. Tuvo necesidad de requerir los servicios de dos agentes de policía para evitar aquel asalto implacable, y así custodiado fue llevado hasta su casa, en donde pudo librarse de la multitud que lo seguía para obtener sus favores.

Este extraño caso de generosidad ha sido muy comentado, y sobre todo lo ha sido el hecho de que pudo comprobarse que a la multitud no hay que hacerle ningún favor porque en sus arranques de entusiasmo escapan a voces a devolver mal por bien, como le pasó al señor de esta historia, que hasta la vez está corriendo de los arañazos y golpes recibidos.

DRAMATICA FUGA

Sanja Ana, 28. — Esta mañana, aprovechando un descuido de sus vigilantes, escapó de su residencia el joven Ernesto Interiano, acusado en uno de los juzgados por disparos de arma contra dos agentes de la policía nacional, hecho del cual informamos ampliamente a nuestros lectores.

La dramática fuga de Interiano se realizó a bordo de un automóvil, y el acusado hizo disparos en el propósito de evitar que se le pusiera fin a su escapatoria. Su procedimiento fue tan rápido y desconcertante para abandonar la casa en donde estaba refugiado desde el primero del corriente, que cuando se restablecieron de la sorpresa los vigilantes se dieron cuenta de que ya no era posible darle alcance.

SE DIENTO DE MUERTE

Durante el resto del día no se volvió a saber nada del fugitivo. Por más que las autoridades vigilaban caminos y calles no aparecía el vehículo de Interiano. Se ignora por dónde andaba, pero si se supone que corría con la escuadra lista para disparar contra quien se interpusiera en su huida.

A TIROS CON LA POLICIA

Como a las seis de la tarde, don Samuel Alvarez y familia regresaba en automóvil de la Laguna de Coatepeque, llevando en su carro también a dos policías, el Inspector Antonio Rafael Gallegos y el agente Humberto Rivera.

Al llegar al punto denominado Los Encuentros, el vehículo del señor Alvarez fue interceptado por otro carro que tripulaba Ernesto Interiano, acompañado de un grupo de fascinerosos.

Con la rapidez del relámpago atravesó el carro conuido de la vía no dejando así lugar para que pasara el carro del mencionado señor Alvarez. Incontinentemente Interiano sacó su escudra y arreó tiros a los policías, quienes no tuvieron ni tiempo de coger sus armas y defenderse.

SUCUMBEN LOS AGENTES

Los balas silbaban macabramente. Interiano poseído de infernal furia disparaba desechos de acabar con los agentes del orden.

Y su designio diabólico se cumplió. El Inspector Gallegos cayó acorralado a prescribir lo que le entraron des bajo el corazón, uno en el estómago y otro sobre la nuca de la mano izquierda.

El agente Rivera quedó también lesionado, posiblemente mu-

SE LLEVA UN CADAVER

El cadáver del Inspector Gallegos quedó tendido en la cametera, siendo reconocido por las autoridades respectivas. El cuerpo del agente Rivera no apareció por ningún lado, suponiéndose que Interiano lo recostó en su carro y partió con él a saber para que rumbo. Es probable que este policía esté muy mal herido, sino cadáver.

MACABRO PROYECTO

También se supone que Interiano se llevó al policía para utilizarlo como rehen. El y sus fascinerosos piensan desarrollar un macabro plan de modo que si alguien sufre detención y es conducido a LA PAGINA CATORCE



Usted puede confiar en la pureza y nítido sabor de Coca-Cola. El esmero y cuidado en su preparación son incomparables. Su calidad verdadera.

Embotellado Bajo Contrato Con The Coca-Cola Co. Por

Calidad de Confianza,

LA CONSTANCIA, S. A.

LA JOYA
GABINETE OPTICO
LIEBE & CIA.
///
Gonzalo Olano
Optometrista
4a. Av. N. No 3
Teléfono 3-9-9

Casi todos los días en este mes de diciembre, los titulares de los diarios de todo el país se ocupan del prófugo:

ERNESTO Y SU PÁJARO AZUL, VISTO EN ACAJUTLA

“Se busca, tiene 1,80 de estatura, es de complexión fuerte, bien parecido, porte de gente educada, blanco, nariz recta grande, boca mediana, frente amplia, ojos castaños, pelo negro castaño, liso, peinado hacia atrás, barba espesa negra que puede haberse rasurado, a veces usa bigotillo fino, camina erguido, viste casi siempre camisa y pantalón caqui, sombrero vaquero Stetson. Anoche se enfrentó a tiros con una patrulla policial entre Izalco y Sonsonate”.

“Ayer una comisión lo cercó en la finca La Montañita, pero cuando ya estaba a punto de ser capturado, hirió a los agentes José Manzano y Agustín Orellana; luego escapó en medio de una disparazón rumbo a esta ciudad, todavía tuvo el atrevimiento de pasar frente al cuartel de policía, disparando su arma. Posteriormente, sacó de su casa a su novia Noysi Méndez y se perdió entre los portales, confundido entre vendedoras de frutas, ciegos y mendigos”.

“La temporada de corta de café ha favorecido al prófugo pues hay cinco mil jornaleros acampando en las plazas, en medio de numerosas ventas de mercadería y comestibles, que son la espesa montaña humana donde se esconde”.

“Se le ve en todas partes pero no se le encuentra en ninguna. Huye como verdadero endemoniado. En Aguilares, encontraron la cuca en la que se transportaba Interiano. Se cree es una artimaña para engañar a las autoridades.”

“La noche del martes fue perseguido por toda la ciudad. Cruzó tiros con sus perseguidores, pero se quedó sin vehículo, pues los agentes lograron quitarle la camioneta en que viajaba, en momentos en que dejaba a una señorita en su residencia. Más tarde se produjo otra balacera en el caserío San Antonio, donde salió herido el policía Manuel Morales.”





UN COLON SU/CRIPCION POR MES

\$12.00 Suscripción Anual

EL GRAN DIARIO

Director-Propietario: RUBEN MEMBREÑO || Administrador y Jefe de Información: ENRIQUE SALAZAR

Jefe de Redacción: Julio César Escobar || Ed. "Rubén Membreño" || 8ª C. O. N° 35. Tel. 11 98

AÑO V— No. 1416

|| San Salvador, El Salvador, C. A., Jueves, 2 de Diciembre de 1943 ||

CAMBIA TIROS CON LA PATRULLA

Interiano localizado entre Armenia e Izalco, anoche.—
Era poco el número de la patrulla, por éello se les imposibilitó su captura.—Establecen la ruta del criminal

Casi está llegando a su fin la dramática fuga del señor Ernesto Interiano, la que ha venido ocupando la opinión pública de todo el país, ya que en este año ni un tan solo delincuente ha podido escapar de las manos de nuestras autoridades, las que siempre han trabajado con ahínco para defender a la sociedad de los individuos que amenazan perturbarla, y que por lo tanto constituyen la clase de "tipos pe'grosos" que algunos tratadistas de derecho estudian en sus textos.

Y al decir que la fuga está lle-

gando a su fin, es por el hecho de que se ha podido establecer gracias a todo el trabajo policiaco judicial, que el señor Ernesto Interiano se encuentran en territorio del país, ya que fué avistado el día de ayer, en uno de los caminos vecinales que están situados en los alrededores de Izalco, punto preciso por donde merodeaba, así lándose en lo más recóndito de las montañas circunvecinas.

EL AVISO DE
ALARMA

Nuestro corresponsal en El Chila matal, nos avisó el día de ayer que

gando a su fin, es por el hecho de que se ha podido establecer gracias a todo el trabajo policiaco judicial, que el señor Ernesto Interiano se encuentran en territorio del país, ya que fué avistado el día de ayer, en uno de los caminos vecinales que están situados en los alrededores de Izalco, punto preciso por donde merodeaba, así lándose en lo más recóndito de las montañas circunvecinas.

EL AVISO DE
ALARMA

Nuestro corresponsal en El Chila matal, nos avisó el día de ayer que

cundió enorme alarma en aquella población el día de ayer cerca de las siete y media de la noche, al recibirse telegrama de las autoridades en el que se daba aviso de que el señor Interiano acompañado de varias personas, fué localizado en el punto que dejamos mencionado en la parte anterior de

—vase a la Página 2—

Otro corresponsal informa que se le mantiene acosado en Las Lajas, cerca del Lago de Coatepeque. También se informó que la Policía Nacional ha recibido amenazantes llamadas anónimas, con el fin de que abandonen la persecución.

Anoche, frente a la residencia de los Méndez, un grupo de individuos de mala traza se dedicaban a dar serenatas a varias señoritas, mientras gritaban vivas, y cantaban un corrido dedicado al joven:

*Se llama Ernesto Interiano,
lo quieren los mendigos y las mengalas
lo esconden fresqueras y señoronas
donde pone el ojo pone la bala.*

*Al general Martínez, le dio currutaca
porque allá viene Neto por la alcabala.
Los polizontes y la descalza
la Guardia y la de Hacienda
andan con el chunchucuyo a dos manos.
La mera cáscara amarga,
le puso cascabel al gato.*

“El Diario de Hoy” titula en su edición del martes 30 de noviembre:

EL PELIGROSO PISTOLERO SANTANECO ESTÁ ARMADO DE BALAS EXPLOSIVAS

Es cercado Interiano

*Una joven acompaña en sus correrías a ese enemigo público No 1
El Criminal está encerrado en un sólido círculo de hierro*

El terrible pistolero, poseído por el demonio, plagado de instintos vengativos y criminales, realiza hoy una asombrosa fuga a través del territorio salvadoreño. No podrá escapar, sobre todo cuando viaja con la impedimenta de una mujer recién salida del puerperio, y una chiquilla de pocos meses de edad.

—Yo lo vi, eran como las siete de la noche de ayer, frente al Club



SINTONICE
EL REPORTER
“ ESSO ”

a las
7:30 a.m., 12:15, 1:30, 6:30 y
10 p.m.
entre semana
y a las
12:15 y 6:30 p. m. los domingos
por la
Y S P
780 Kcs.-6150 Kcs.
para las

ULTIMAS NOTICIAS
Del Mundo Entero

—Un Servicio Autorizado,
Rápido y Eficiente.

EL
REPORTER
ESSO



Atlético. Un *cuilio* le estaba dando macanazos a un bolito. De repente se apareció Neto, no sé de dónde, agarró al *cuilio* por el pescuezo, le quitó la pistola y lo tiró como *tanate*, lo amarró y se lo llevó calle abajo.

En el billar, un grupo de jugadores, suben el volumen al radio y hacen silencio para escuchar la noticia:

Atención mucha atención, este es El Reporter Esso, a través de la radio YSP, 780 Kilociclos. Atención, noticias de última hora. Se supo que el Ministerio de Gobernación giró instrucciones para que una comisión de la Policía Nacional capitalina se dirija a Santa Ana para unirse a la persecución de este individuo, de quien se rumora que está implicado en una conspiración para atentarse contra la vida del presidente Maximiliano Hernández Martínez.

Una enamorada de Ernesto, le hace una confesión a una prima:

—Era de madrugada; yo estaba calentando la leche cuando se me apareció Ernesto. “Dame limonada, tengo sed”, me dijo él. Lo mantuve escondido cuatro días, con sus cuatro noches. ¡Ay, Diosito, qué rico besaba Ernesto! qué suaves sus manos cuando me levantaba la pollera. Con sus largas pestañas me hacía cosquillitas. No me importó entregarle mi inocencia, aunque después se me desgració la vida porque no encontré marido que me aceptara usada. ¡A la perica!... ¡Qué noches, aquellas cuatro!

El 12 de diciembre, como casi todos los domingos, algunas familias santanecas van de paseo al Lago de Coatepeque. En medio de los patrullajes, Ernesto y su inseparable Raúl Godoy, se dirigen al lugar a bordo del vehículo de José Olmedo.

Al mismo tiempo, el doctor Góchez regresa del lago en una camioneta de transporte público. A bordo, también van varios policías borrachos, jugando con sus armas. Una muchacha comenta en voz alta:

—¡Quisiera verlos frente a Interiano!

No se imaginan que a pocos metros de distancia, va Ernesto conduciendo rumbo a Santa Ana, donde le espera impaciente Noyssi Méndez: han acordado huir juntos. La recoge en un parque y parten hacia la finca La Montañita.

Al llegar al beneficio, cruza el portón y se baja frente a la capilla.



Otra víctima de E. Interiano

Era muy estimado en el Cuerpo de la Policía

Santa Ana, 21.— Un acto solemne constituyeron ayer los funerales del agente de la policía nacional Manuel de Jesús Morales, hombre humilde, estudioso, de conducta sobresaliente, y una de las víctimas de los proyectiles disparados por Interiano. Morales forma el número tres en la lista de víctimas sacrificadas al cuerpo de la policía nacional en la persecución emprendida durante largos días y que constituye uno de los hechos más sensacionales en los anales de la policía. Morales fue llevado al Hospital, herido de gravedad, en la madrugada del 15 de los corrientes, cuando Interiano y su guardaespaldas Raúl Alfonso Godoy dispararon contra la comisión que los perseguía.

He aquí un recuento cronológico de los daños sufridos por el cuerpo de policía en el período de un mes y quince días a partir del primero de octubre.

28 de noviembre.— El sub Inspector Rafael Gallegos Velásquez fue acorralado sobre la carretera internacional.

16 de diciembre.— El agente Félix González, perece en un encuentro mortal con Interiano, al cambiarse de tiros, y en defensa de la sociedad y de la honra y prestigio de la Institución de la Policía Nacional.

15 de diciembre.— Es herido Manuel de Jesús Morales quien fallece el 19 por la noche.

13 de diciembre.— El agente José Manzano, recibe graves lesiones que lo tienen en situación delicada. El hecho tuvo lugar en la finca La Montañita, participando directamente Nemesio Burgos cómplice de Interiano.

13 de diciembre.— También Agustín Orellana, quien acompañaba a Manzano recibe heridas en el encuentro.

28 de noviembre.— El agente Emilio Reyes sufre un atentado, escapando milagrosamente de las balas de Interiano, cuando quiso evitar su fuga.

10 de octubre.— Los agentes Orlando Ramírez y Juan Molés Alfaro reciben un disparo de arma pequeña, y con ellos da comienzo la serie de hechos delictivos que precipitaron el fin de Interiano.

"OREJOTAS" CAYO EN PODER DE LA POLICIA SANTANECA

Raúl Godoy y Nemesio Burgos declararon ante el Sr. Juez

Santa Ana, 20. Ante el juez del crimen doctor Abdon Martínez los individuos Nemesio Burgos y Raúl Godoy, el primero administrador de la finca "La Montañita" y el segundo zapatero, de 19 años de edad declararon su participación en los hechos por los cuales se sindicó al ya fallecido Ernesto Interiano, y que fué protagonista de lamentables sucesos.

Godoy, guardaespaldas de Interiano desde el primero de septiembre anterior, ha hecho al juez un minucioso relato de la odisea de los prófugos a través de campos y valles. Sus declara-

ciones revisten gran importancia en el esclarecimiento de los hechos. Godoy ha declarado que él vió disparar a Interiano contra uno de los agentes que fueron heridos el 10 de noviembre anterior, y cuenta que desde el treinta de noviembre Orejotas desapareció cuando le enviaron a hacer un mandado, en procura de dinero y combustibles. Largo e interesante es el relato de Godoy, y define claramente la participación de este en una larga cadena de hechos delictivos de importancia que están siendo investigados en los tribunales.

Guarda-espaldas de Interiano

Santa Ana, Después de una ardua pesquisa fué detenido en San Salvador y traído a esta ciudad el individuo Antonio Molina Carranza, alias Orejotas, a quien se sindicó como coautor en una serie de hechos delictivos sometidos por el joven Interiano. Molina Carranza en sus primeras indagatorias confirmó lo asevera-

do por el otro individuo Raúl Godoy, manifestando que desde el 30 de noviembre dejó el servicio de Interiano, y que al mandarlo éste a cumplir una encomienda ya no regresó más al campamento. Estos y otros datos de importancia fueron aportados en la cuidadosa investigación que se está siguiendo para poner fuera de toda posible acción a los cómplices del peligroso joven cuyo trágico fin la semana pasada es todavía el comentario obligado de los corrillos santanecos.

Nemesio Burgos, el administrador de la finca, le advierte que en el lugar, disfrazados de cortadores de café, se encuentran varios agentes de la Policía Judicial.

—¿Dónde están? quiero verlos! —exige Ernesto.

En ese momento, los policías ya han rodeado la camioneta; se desata un nutrido intercambio de disparos. Ernesto se lanza al suelo, da dos giros, dispara y hiere a un agente, desarma a otro y pone en fuga a los demás. Inmediatamente se dirige hacia Santa Ana. En La Ceiba tiene un intercambio de disparos con un retén policial, sale herido gravemente uno de los agentes. Ernesto recibe un balazo en la pierna.

Raúl Godoy, quien también resulta lesionado, no puede abordar el automóvil, se oculta en los cafetales y busca auxilio en la clínica del doctor Mariano Samayoa, donde más tarde es capturado por la Guardia Nacional.

Ernesto lleva a Noysi a casa de una de sus amigas Menéndez, allí es capturada por la Policía que monta guardia frente a todas las amistades del perseguido. Cuando Ernesto se percata del arresto de su novia, trata de rescatarla, debido al nutrido tiroteo, no lo logra, entonces abandona la camioneta y se retira a pie.

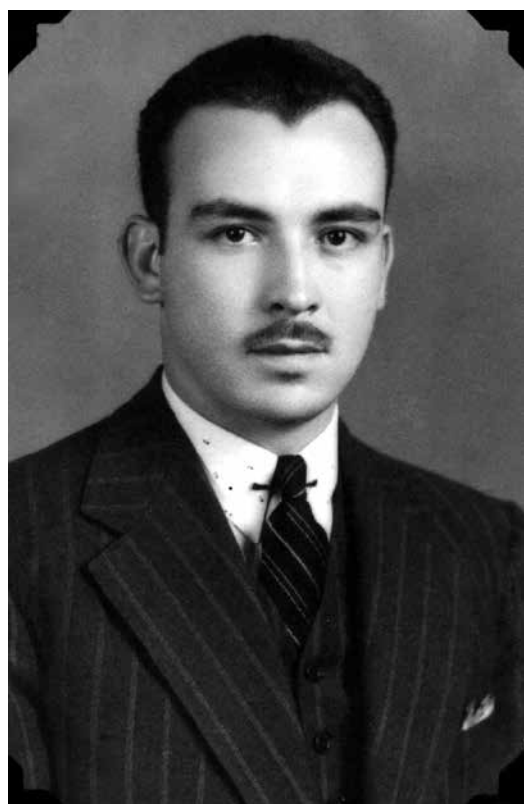
Los periódicos continúan presentando una profusa información sobre sus supuestas andanzas:

“La búsqueda se ha dificultado, pues el prófugo se disfraza cada noche de panadero o boticario y hasta se rumora que duerme entre las enaguas de alguna admiradora. Se ha visto en la ruta de Armenia, en La Laguna y Portrero Grande Arriba. No se sabe cómo hace para abastecerse de gasolina en su desatentada fuga. Afirman testigos haberlo visto, con un sombrero agujereado por disparos, cerca del puente Colima, sobre el Río Lempa.”

“Los servicios de inteligencia confirman la audacia de Ernesto Interiano, quien durante la fiesta del Casino Santaneco, disfrazado de gladiador romano estuvo en la mesa frente al presidente de la República, sin que nadie le reconociera o se atreviera a delatarlo.”

“El miércoles fue capturado su secretario y guardaespaldas Raúl Godoy, de 19 años de edad, mecánico, conocido como “Pezote”. Declaró que él se encargaba de llevarle una minuciosa agenda, la cual al ser revisada por la policía encontró inscripciones como estas: El señor Ernesto tiene que leer antes





de acostarse las cartas de la señorita Noysi, y escribirle al señor Panameño. Al atardecer debo aceitar las armas...”

“Raúl Godoy confesó que, entre otras tareas, a él le tocaba recargarle las armas a Interiano en el fragor del combate, por lo que podía alcanzar un gran volumen de fuego, que hacía pensar que un solo tirador era una docena.”

“El pasado domingo fue visto en el Desfile de Indios, con el traje típico de los volcaneños, acompañado de una simpática india, pasó frente a la residencia de la familia Álvarez y del cuartel de la Policía; también llegó varias veces a su casa. ¿Locura o temeridad?”

“No hay la menor duda: el joven es esclavo de oscuros atavismos, que lo llevó a abandonar los senderos de una vida tranquila que le deparaba el dinero y el albergue familiar.”



La patria tiene sueño



CADA MINUTO QUE TRANSCURRE SE IMPOSIBILITA LA

Huída de Interiorano

SE SUPONE ESCONDIDO EN STA. ANA

*Hay que Hacer un Gran Pueblo en
Centro América*
El Diario de Hoy

Editor Propietario
N. VIEIRA ALTAMIRANO

Director,
JULIO ENRIQUE AVILA

AÑO VIII — Rep. de El Salvador, San Salv., Jueves 2 de Dic. de 1943. — Nº 3148

Estricta vigilancia sobre lugares
y casas que visita con frecuencia
Cerrada la trampa del funesto personaje;
gracias al celo de las autoridades

Mientras tanto, en el despacho presidencial, el general Hernández Martínez recibe a dos de sus allegados, los doctores Arévalo y Vallejo, quienes le dan un nuevo informe sobre un supuesto complot contra su vida. Según estos, los doctores Raúl Gamero y Max Brannon, han obtenido de Ernesto Interiano el compromiso de asesinar al presidente.

—General Martínez, debe detener esta conspiración, es un atentado contra la patria, contra la voluntad popular que desea su reelección como presidente. La convocatoria para la Constituyente es un buen paso para que continúe en la presidencia... pero debemos poner alto a los conspiradores —aconseja el doctor Arévalo.

—La conspiración tiene hilos por todas partes... mire a los abogadillos de la oposición: han pedido a la Corte Suprema invalidar el decreto que prohíbe las reuniones públicas... Lo que quieren es tomar las calles para desestabilizar a su Gobierno... Ya vio la manifestación de obreros... Allí están los estudiantes con su bochinche, oponiéndose a su reelección... Hay que prohibir las marchas de protesta en las calles de San Salvador... —acota Vallejo.

—O por lo menosss, que la Alcaldía lasss limite a los díasss domingo... —sentencia el general Martínez.

—¡La patria es usted, presidente! —le dice Arévalo, pavoneándose.

—Me dissculpan caballeros, me retiro... La patria tiene sueño —y se despide con un guiño burlón.

En cumplimiento de órdenes presidenciales se movilizan los cuerpos de inteligencia, para completar la lista de quienes en los próximos días serán arrestados por conspirar contra el Estado de Derecho. En occidente, la policía allana decenas de casas y fincas.





En ese instante Ernesto, herido en la pierna, escapa del cerco policial y busca refugio en los cafetales del volcán.

—Descuajá esta hilera de palos de café, cuando pase con el carro, los volvés a sembrar, tirá hojarasca, que no quede ni una sola huella, atrás vienen los *cuilios*... —ordena Ernesto al capataz.

En el vehículo, ahora lo acompaña Clara Luz Tovar y su hija Miriam Interiano. Al anochecer, cuando se retiran las patrullas, se dirigen a La Montañita. La neblina envuelve los gruesos muros de la finca, en la capilla varias mujeres rezan *El Rosario*. En la cocina, Ernesto toma una raja de ocote y enciende fuego.

—Amor, hacéme el capulín, necesito una taza de café.

—Claro, Netillo, pero antes te voy a curar la herida.

Con delicadeza Clara Luz desinfecta alrededor del orificio de bala en la herida, y coloca una nueva venda. Para aliviarle el dolor de cabeza, le aplica un emplasto de ruda. Cuando le desabotona la camisa, en un bolsillo descubre una amarillenta imagen.

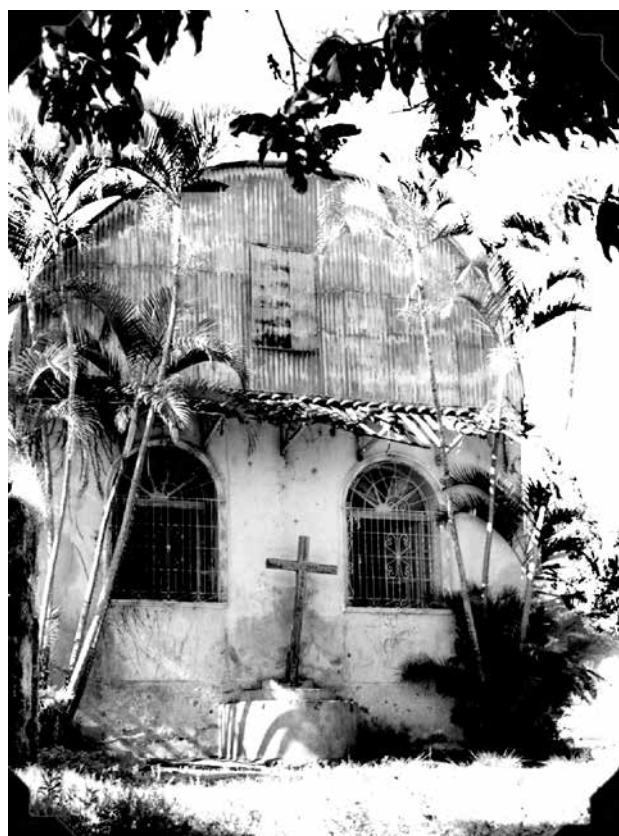
—¿Quién es esta mujer que tenés en esta fotografía? —pregunta celosa.

—¿No la reconocés? Es mamá cuando tenía quince años. Era la época en que aprendía a tocar piano y cantaba ópera como aficionada. ¿Ves cómo está vestida?. Ella me contaba que de las revistas que llegaban de París, sacaba los modelos de moda para hacerse sus vestidos. Eso la hacía parecer diferente a todas las demás muchachas. Su forma de peinarse y vestir no era bien visto por la sociedad de Santa Ana.

—¿Contáme el chambre, y por qué se separó de su esposo?

—Cuentan que él era tan guapo como parrandero. La hizo infeliz. Trabajaba en un banco en Santa Ana; allí le descubrieron dos desfalcos; dos veces mi abuelo Hilario tuvo que reponer el pisto para tapar el faltante y salvar el honor de la familia. Cuando el fulano cometió el tercer desfalco, fue cuando se armó el gran lío, mamá intervino para que mi abuelo lo salvara de nuevo. Mi abuelo aceptó con una condición: que él le firmara un papel haciéndose responsable de pagarle más adelante. Con mamá, fue a buscarlo a la gerencia del banco, cuando abrieron la puerta de la oficina, lo encontraron con los pantalones abajo, sobre el escritorio tenía desnudita a una de las cajeras. Desde ese día, mamá lo





mandó al diablo; él huyó a Guatemala para que no lo metieran preso.

—¿Y qué pasó después, tu mamá se volvió a casar?

—Ella cada día se volvió más triste. Pasó el tiempo, hasta que conoció a un boticario guatemalteco, quien cayó enloquecidamente enamorado de ella. Durante un tiempo mantuvieron amores escondidos. Hasta que decidieron huir juntos a Guatemala. En eso mi abuelo Hilario ordenó capturarles. Los detuvieron cuando iban por Chalchuapa, y luego al enamorado lo expulsaron del país. A mamá la trajo a Santa Ana y la encerró en la casona. A las cinco semanas, ella confesó que estaba embarazada. Era yo que le crecía en el vientre. Soy hijo de un amor clandestino.

Un relámpago ilumina el rostro barbado de Ernesto.

—Esta tormenta durará cinco días sin parar —exclama Clara Luz, mientras coloca a la niña en la hamaca.

Ernesto le hace una seña cariñosa, ella se acuesta a su lado. La abraza, le acaricia el cabello. Ninguno de los dos se percata del frío cuando uno al otro se despojan de la última prenda. A través del vitral multicolor un relámpago ilumina la habitación. Clara Luz puede ver a Ernesto, arrodillado, acercando el rostro hacia sus muslos; los besa una y otra vez. Las flores del café lanzan aromas que envuelven la noche, abrazados giran entre suspiros, bajo las sábanas bucean en las urgencias del deseo. Afuera, vientos huracanados descuajan los árboles, esparcen los granos en los cafetos. Los tanques de agua rechinan en sus cimientos de hierro y las láminas de zinc dan latigazos en el techo de la capilla de la finca.

Luego de haber dormitado un rato, Clara Luz se despierta ante un sobresalto de Ernesto, quien se ha incorporado violentamente.

—¿Qué pasa amor? —pregunta ella.

—Estaba soñando.

—¿Qué cosa?

—Que mi abuelo Hilario estaba vivo y me decía: Si en algún momento estás a punto de ser capturado, andá a La Montañita, escondete en los tanques de agua.

Clara Luz le acaricia la frente y le cierra los ojos con un beso.

—Dormite...





—Se me quitó el sueño...

—Está bien, conversemos... siempre he querido que me contés la historia de tu abuelo Hilario...

—Me gusta hablar de él... fue un hombre que se hizo él solo, comenzó vendiendo cal. Muy joven se enamoró de mi abuela Queta, Enriqueta Cordon, pero no le fue fácil casarse con ella.

Un día se presentó a pedirle la mano a Don Eusebio, para que te des cuenta como le pesaba el apellido, le dijo: Joven, usted no tiene ni la cultura ni los bienes de fortuna para casarse con mi hija Queta. ¿Ya sabe nuestros apellidos verdad?... ¡Cordon Herrera de la O Cabeza de Vaca! Mi abuelo dio un portazo. Lo vieron montarse en el ferrocarril, secándose las lágrimas se fue a New York, estudió inglés, leyó lo que pudo sobre los inventos de la época. Luego se trasladó a París, allí siguió llorando por Queta en un apestoso hotel árabe en la calle de las putas. Contaba que todo lo que comía, fuera del cuscús de cordero o del paté de ganso, todo le sabía a lágrimas. Allí conoció la nieve y aprendió algo de francés, absorbió cuanto conocimiento pudo, y ni un momento dejó de pensar en ella.

A los años, regresó a Santa Ana, hizo un capital, fundó CLESA, la Compañía de Luz Eléctrica de Santa Ana y Sonsonate. Compró tierras, e insistió en pedir la mano de la joven. Al final se casó con mi abuela. ¡Feliz estaba el abuelo!. Para colmo, construyendo su casa encontró un baúl lleno de monedas de oro, el resto ya lo conocés, tuvieron cuatro hijos, Julia, Emilia, Adela y Adolfo.

Unos pasos apresurados alertan a la pareja. Ernesto introduce la mano bajo la almohada, saca la pistola, monta el percutor.

—¿Puedo entrar? —pregunta uno de sus empleados de confianza.

—Pasá...

—Ernesto, la policía sigue prohibiendo que nadie entre en la casa de doña Mila... no dejan pasar ni alimentos... le han cortado el agua y la luz, además en Santa Ana se dice que tu mamá está muy enferma.

—Me voy... —dice sin esperar más explicaciones. Besa a Clara Luz, toma en brazos a la niña y le susurra al oído...

—Miriam... ¡Perdonáme por haberte traído a este y no a otro mundo!





Aborda el vehículo y se aleja a toda velocidad volcán abajo, empapado en los sudores de la fiebre, atraviesa la neblina sin percatarse de las cicatrices que en el viento imprime el canto premonitorio de un pájaro nocturno. Se lleva la mano al pecho en busca de la bolsita roja con ruda, ajo, pimienta de castilla, tabaco y chile de Izalco que de niño le regaló Teresa Pushagua, pero no la encuentra: la ha perdido.

Son las tres y cuarenta y cinco de la madrugada, las calles de Santa Ana están cubiertas por la niebla y el frío de diciembre.

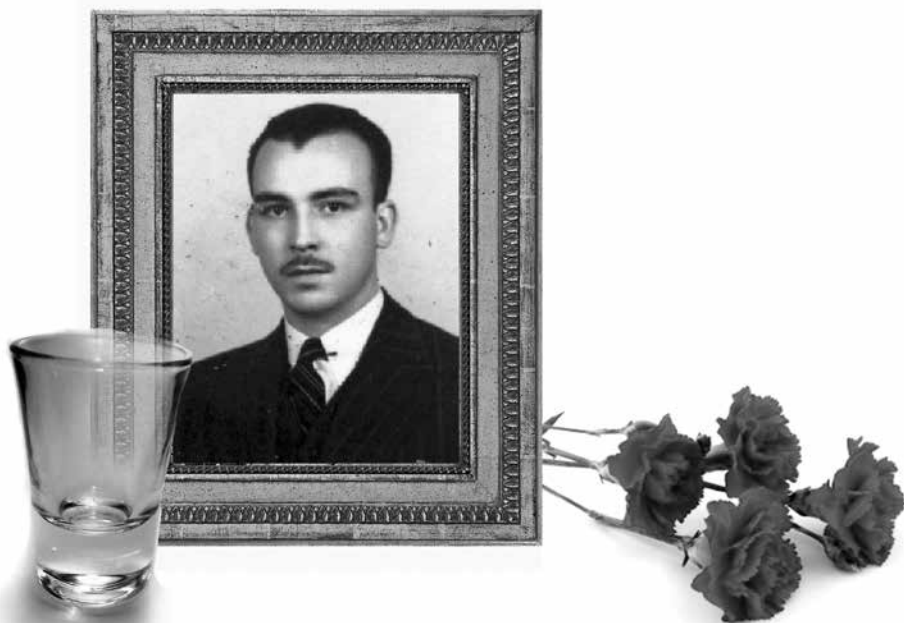
El taconeo de las botas quiebra el silencio. Un hombre solitario se estremece, ha tomado conciencia de que lleva dentro un caballo desbocado que le impulsa a vivir como le ordena el corazón. Camina frente a Catedral, toma calle abajo, su silueta se desdibuja entre la bruma y la mortecina luz de un farol, avanza hacia la parte trasera de la casa materna; coloca un pie en el estribo del muro, lo trepa de un solo impulso, se le cae la cacerina, despiertan los policías que lo esperan.

Un estampido hace volar las palomas.



Epílogo





Voy a contarles cómo se gestó la escritura de esta historia. Recién había bajado de la montaña el 16 de enero de 1992, día en que se firmaron los Acuerdos de Paz.

Meses después, frente a los micrófonos de la radioemisora donde laboraba, estaba comentando el suceso del día, se trataba del caso que conmocionaba al país: el involucramiento de un teniente de la Policía Nacional en el asalto a una agencia bancaria. La prueba que lo involucraba era un video tomado por un camarógrafo de televisión donde aparecían los asaltantes, al estilo del lejano oeste disparando sus fusiles contra los custodios del Banco de Comercio.

Varios radioescuchas llamaron por teléfono para pedir la pronta disolución de la Policía Nacional, tal como lo contemplaba el Acuerdo de Paz de Chapultepec.

Al final del programa, hice alusión a la sugerencia que me habían hecho varias personas, de escribir sobre la historia de Interiano. Cuando me disponía abandonar la cabina de locución recibí una llamada telefónica:

—Me enteré de que vas a escribir sobre Ernesto, ¿Querés conversar con él? —me dijo una voz femenina.

—¿Con el muerto? —pregunté.

—¡Con su espíritu! —me contestó con gran seguridad.

La radioescucha me propuso encontrarnos en la cercana ciudad de Cojutepeque. Carcomido por la curiosidad acepté la invitación. Por primera vez asistiría a una sesión espiritista. Luego de una hora de viaje llegué a la población, se trataba de una humilde vivienda rodeada de chanchos y gallinas. En la puerta me recibió una señora que supuse era la médium:

—Pase adelante, él lo está esperando —me dijo con toda naturalidad.

Al penetrar a la sala, en un rincón observé toda suerte de imágenes





religiosas, recipientes repletos de flores y un aroma a incienso flotaba en la modesta habitación. En el centro, una mesa redonda, sobre ella, un vaso de agua y un clavel rojo, escena que ya narré anteriormente.

A partir de este suceso, en archivos y bibliotecas del país inicié la búsqueda de información sobre Interiano. En un primer momento, no tuve mayor suerte, pues no hallé rastros del personaje, ni documentos ni diarios de la década de los treinta. En cada biblioteca pública, encontré una excusa distinta: *“Recién hemos mudado la hemeroteca”*. *“Esta oscuro por el corte de energía”*. *“Mejor regrese otro día, pues estamos ordenando el archivo”*.

Decidí viajar a Santa Ana donde amigos y detractores de Ernesto, algunos de avanzada edad, me entregaron valiosa información. Visité la tumba de la familia Interiano ante la cual dos ancianas colocaban flores. La modestia del sepulcro contrastaba con su vecino, el monumental mausoleo de mármol del expresidente Tomás Regalado.

Una de las ancianas posteriormente me confesó haber sido una novia secreta de Ernesto. De esa manera incluí algunos de sus recuerdos.

En San Salvador, fui al parque Saburo Hirao para entrevistar al entonces director, el ingeniero Ricardo Aguilar; quien emocionado por los ramalazos de la memoria, me confió:

Recuerdo la última vez que vi a Ernesto, fue a finales de 1943, dos días antes de que lo mataran. Le dije: Neto, andáte para Guatemala, te acompaño. Vámonos por el cerro Santa Lucía. En ese momento, el Gobierno del general Martínez tenía a la Policía y al Ejército persiguiéndolo en una cacería humana sin precedentes. En esa oportunidad, me respondió: Soy santaneco, y no tengo por qué irme de Santa Ana.

Ernesto insistió en visitar clandestinamente la casa de su madre, doña Mila, pues había escuchado rumores de que estaba gravemente enferma. Le dije: No es cierto, es una trampa, la policía vigila la casa día y noche. Creí haberlo convencido de no realizar esa visita. Luego se fue a casa del doctor Mariano Samayoa a curarse varias heridas de bala, tenía llagados un brazo y un muslo. Esa fue la última vez que vi a quien fue un gran amigo.

Ya tenía un cúmulo de datos para escribir esta narración cuando sucedió algo curioso. Fue un caluroso mediodía de San Salvador. Salí del Archivo General de la Nación, decepcionado, pues luego de horas





I. R. N° 056826

OCT 16 1943

1 Señor Ministro de Gobernación y Anexos:

2 Ernesto Interiano, de veintiséis años de edad, agricultor, del do-
3 micilio de Santa Ana, con todo respeto expongo a usted:

4 1o) El 28 de Diciembre del año próximo pasado me encontraba en el
5 salón "Florida", en compañía de otras amigas y habiendo sido injuriado, sin pro-
6 vocación, por don Simón Ávilas, tuvimos un incidente personal a consecuencia del
7 cual se presentó la Policía y capturó a todos los presentes. Debo aclarar que nin-
8 guno de los presentes estábamos armados.

9 Estando ya en la comandancia de la Policía, un motorista de la Di-
10 rección por el hecho de estar frente al lugar donde ocurrió el incidente, fué a
11 traer mi carro P-1109 y el carro de don José Romero cuya matrícula en aquella fe-
12 cha era P-757.

13 Al hacerse el registro de los carros se encontraron las siguientes
14 armas: en el baúl del mío, dos corvos, un cuchillo de monte y el revólver de mi
15 mandador, y en el carro del señor Romero, una escuadra pequeña calibre 25.

16 Dichas armas son todas de mi propiedad y las ané debates llevando porque
17 acababa de regresar de mi finca y no había llegado a mi casa todavía. Para no por-
18 tarlas en la ciudad las dejé guardadas en el carro en el lugar donde fueron encon-
19 tradas por la Policía, en presencia del Director y del Sub-Director y mediante el
20 acta correspondiente que se levantó.

21 2o) El 31 de agosto del corriente año, como a las 10 y media de la
22 noche, viniendo de la casa del señor don José Antonio Carballo, fui arrestado
23 por la Policía Judicial por los motivos que son de su conocimiento, y que a saber,
24 doña Belia Interiano, refirió a Ud. con todo detallismo en la carta que le diri-
25 jé el 9 de septiembre de este mismo año. Como el señor Carballo vive en las a-

E. Interiano

revisando catálogos no había encontrado rastros de los juicios entablados contra Interiano. Almorcé en un supuesto restaurante “chino” ubicado detrás del Palacio Nacional.

Inducido por una corazonada, atravesé la Plaza Barrios donde los payasos divertían a los círculos de espectadores. A un costado de la estatua ecuestre de Gerardo Barrios, un vendedor de pociones mágicas ofrecía chinchín de serpiente cascabel para curar granos malignos. Luego caminé por los portales alrededor de la Plaza Libertad. El centro capitalino naufragaba en un caos de basura, efluvios úricos y estertores de bocinas.

Retorné hacia los predios de Catedral, a su costado derecho transité la acera repleta de una hilera de champas donde vendían todo tipo de estampas religiosas: vírgenes de yeso, oraciones, escapularios, camándulas, imágenes de Santa Teresita, San Simón y Trinidad Huezo. Entonces fijé mi vista en una estampa. Se trataba de un personaje de traje y corbata, con talante de actor de cine mexicano.

Me dirigí a la señora que atendía la venta y señalé la estampa.

—Disculpe, ¿Quién es él? —pregunté.

—Es el hermano Ernesto Interiano... —me dijo con un tono de complicidad.

—No puede ser... ¡Ese es mi personaje!... —le dije, mientras un escalofrío me recorría el cuerpo. La señora observó a su alrededor, como si me confiara un delicado secreto:

—No, no es solo suyo, es de todos. Es el patrón de los pobres y los perseguidos... Si desea pedirle un favor, enciéndale una candela y rece con fe esta oración. Y ya verá, estará a salvo de todo acecho de maldad. ¡Viera lo milagroso que es! Sobre todo con las mujeres infecundas.

—¿Usted ha recibido algún favor? —le pregunté, elevando la voz para hacerme oír entre el ruido ensordecedor del centro capitalino.

—Le voy a contar, por intermedio del hermano Ernesto descubrí dos misterios de mi vida:

Un hijo mío había desaparecido en enero de 1981. Abatida, por tener muchos años sin noticias suyas, fui a una sesión espiritista en Mejicanos... Invocamos al hermano Ernesto; al chilazo su espíritu se metió en el cuerpo de



**ORACION DEL PERFUME DE LA CIENCIA, LA
LUZ Y EL PODER DE LOS SECRETOS OCUL-
TOS, DE DIOS TODOPODEROSO Y ESPIRITU
DE JULIO CAÑAS; JOSE MIRANDA Y
ERNESTO INTERIANO**

ORACION

En nombre de Dios todopoderoso, que el es-
píritu de Julio Cañas y Cañas y sus 2 hermanos
que alumbrén mi mente, mi camino y me aparten
de todo peligro.

Se pide con el cuadro enfrente, una velita, un
vaso liso con agua, si van a trabajar, sólo se lla-
ma a tres detectives del espacio. vayan conmigo
si es comerciante sólo ponga el cuadro de Julio
Cañas y Cañas invocando todos los días en don-
de sólo usted sabe el secreto.

Si tiene enemigos, sólo llame a los 3 hermi-
tos del espacio: Julio Cañas y Cañas, José Miran-
da, Ernesto Interiano, me aparten de toda peste.
Dios te dió gracias dñ tu bondad y el permiso
de estos tres hermitos que me cuidan.

No ponga candelas en la noche, en el día de
5 de la mañana a las 5 de la tarde, por todo es
pirin de Dios. 3 clavos rojos con mostaza, anís,
7 baños día miércoles.



la señora y me habló con esa su voz tan linda: “Doñita, ya sé a qué ha venido. Regrese a su casa. Esta noche tendrá un sueño... ¡Sabrá qué pasó con su hijo!”... Así fue; esa noche soñé que estaba en las alturas de una montaña. Había muchachos con fusiles y banderas rojas que estaban enterrando a alguien. Me acerqué al hoyo donde estaba el difunto y reconocí a mi hijo. Así fue, cómo me enteré de que años atrás había muerto en combate, yo no sabía que se había hecho guerrillero.

Y eso no fue todo... En el año noventa y dos, recién terminaba la guerra, me pasó otro volado. La antigua Policía Nacional capturó a mi hijo menor. Lo habían acusado de un delito que no había cometido. A los tres días, lo soltaron y vino a verme. Mamá —me dijo—, los policías me soltaron con la condición de que trabaje para ellos como oreja, me ofrecen los tres tiempos de comida. No hagás esa tontería hijo, —le dije. Pero no me hizo caso. Por hambre se puso a orejear para la Policía. Pasaron varias semanas, una tarde vino una vecina, se me acercó ofuscada:

—Andáte volando para La Rábida... ¡Le dispararon a tu hijo!

Cuando llegué, lo hallé en un charco de sangre. Me lo habían baleado a sangre fría. El mundo se me vino abajo. Afligida, regresé donde la médium para invocar al hermano Ernesto. Le pusimos su vaso de agua, su clavel rojo y encendimos la candela. Cuando se hizo presente su espíritu, escuché su voz: ¿Quiere saber quién fue el asesino de su cipote? Regrese a casa, busque el pantalón que tenía cuando lo mataron; en el bolsillo izquierdo encontrará un papel, allí están anotados los nombres de los asesinos...

—¿Y lo encontró? —pregunté.

—Cabal. Yo había guardado el pantalón ensangrentado, registré los bolsillos y hallé un papel.

Mientras relataba su historia miraba con desconfianza, primero hacia la plaza, luego, hacia el Teatro Nacional. Extrajo un papel arrugado y me lo entregó. Allí estaba escrito un número telefónico. La señora también me mostró un recorte donde aparecía la noticia del asesinato de su hijo.

Regresé a la emisora, marqué el número telefónico que estaba en el papel. Luego de varios repiques, contestó una voz cortante:

—¡Policía Nacional, a la orden!





Impactado, mi reacción fue colgar el teléfono. En una segunda visita a la señora, al confiarle mi incertidumbre me respondió:

—La justicia para los pobres, solo del cielo baja... ¿Ve lo que pasó con el asalto al Banco de Comercio? Varios vigilantes muertos, más de un millón de colones robados... ¿Y dónde están los culpables? ¿Y ese señor que se robó millones de las medicinas del Seguro Social... acaso está preso? ¿Y el juez que dejó libres a los narcos que los capturaron con un tanate de coca?

En el Mercado Central, cerca de la iglesia El Calvario, encontré las mismas estampas, oraciones y escapularios dedicados a Ernesto Interiano, donde aparece solo, o en montaje fotográfico junto a los llamados Hermanos Julio Cañas y José María Miranda, personajes sobre los cuales no he logrado mayores datos.

También me enteré de que en centros espiritistas de Centroamérica lo veneran, y en algunos lugares de México, en cada aniversario de su muerte, el 16 de diciembre, le cantan “Las mañanitas”.

Doña Tula Vilanova, aceptó ser entrevistada en su casa. Amablemente me mostró sus orquídeas y me habló con devoción sobre la sensibilidad de su primo Ernesto.

—Estas cosas que le estoy contando, son mis últimos recuerdos —catorce días después murió en paz.

En contraste, Ricardo Lindo me confió la versión que había escuchado sobre Interiano:

—Mamá lo recuerda como un demonio, que a tiros bajaba indios de los árboles.

Un día conversando con Alejandro Cotto, le comenté que estaba escribiendo sobre Interiano. No estuvo de acuerdo que lo hiciera, e indignado comentó:

—¿Por qué vas a escribir sobre personajes como él? ¡Por eso el país está como está!

En bibliotecas y archivos continué obsesivamente la búsqueda de dos libros: “*La muerte trágica de Ernesto Interiano*”, de Rafael Góchez Castro; Santa Ana, 1944; y “*El Caso Interiano en el Derecho Penal Salvadoreño*”, 1940, de Max Patricio Brannon. Luego de una complicada cadena de intentos fallidos, al fin, en la biblioteca que perteneció al padre



D. R. Damante

Alfonso Jim

L. Ernesto Ynduráin, J. N.º 2678.

47 Ernesto Ynduráin, varón, de veintinueve años, agriuelto, de este
V. origen y domicilio, conocido con Lara Saldamés, hi-
jo ilegítimo de Emilia Ynduráin Salas a
consecuencia de heridas producidas por arma de
al fuego hoy, a las veinte horas, en el Hospital San Lo
renzo San Damante médica. Dirigido por el doctor
Roberto Damante, presente en capítulo de vecindad y
por recomendación de Don Alfonso Damante. San
ta Fe, día 7 de los dieciocho de mil novecientos veinte y tres.

D. R. Damante

Alfonso Jim

D. N.º 2678

Ignacio Ellacuría, encontré esas publicaciones que me dieron claves importantes.

Cierto día recibí una llamada de alguien que se identificó como Miriam Interiano.

—Melitón Barba me ha dicho que escribís sobre mi padre... si en algo te puedo ayudar...

Miriam generosamente me permitió reproducir las fotos de su padre y me dio valiosas pistas que condujeron a nuevos descubrimientos. Luego me enteré de que ella en su juventud, poseedora de una exótica belleza, había sido musa inspiradora de poetas de su época, con los que compartió múltiples anécdotas, que llevaron a Manuel Sorto, a escribir la novela *“Operación Amor”*.

Con Miriam, fui a la Alcaldía de Santa Ana donde obtuvimos el acta de defunción de Interiano, que escuetamente asienta: *“fallecimiento por heridas profundas de arma de fuego, hoy a las cuatro horas”*. La fe de bautizo, fue imposible localizarla en los registros parroquiales.

Durante la última fase de la investigación, recabé testimonios sobre supuestos hechos atribuidos al personaje, tales como el haber devuelto la fertilidad a mujeres infecundas que habían sido desahuciadas por la ciencia. Familiares de desaparecidos me aseguraron haber hallado la verdad a través del espíritu de Interiano.

Susana Castrillo me relató que pidió ayuda para pasar como mojada hacia los Estados Unidos:

“El espíritu del hermano Interiano me aconsejó que vendiera todo, hasta la tele, que llevara pisto porque en Tijuana me quedaría encerrada en una granja, sin agua ni comida... que si quería, podía irme del país, pero solo a sufrir iba a California... cabal, todo pasó como me dijo. Cuando la patrulla de la migra nos sorprendió al cruzar el río... le pedí al hermano Ernesto que me socorriera, entonces creo que me hizo invisible, pues les pasé por un lado a los gringos y no me vieron. Seguí mi camino... eso sí, al norte solo fui a sufrir.”

Irene Umanzor, planchadora de ropa ajena, al enterarse de mi pesquisa, me confió casi en secreto :

“Le voy a contar una pasada. Eso fue una noche del año ochenta; yo dormía cuando de repente sentí un gran dolor. Vivía en Mejicanos, de ahí la Cruz Roja me llevó al Hospital Rosales. Cuando me sacaron una radiografía





me dijeron que tenía los intestinos retorcidos. Estaba muy grave, en alitas de cucaracha. En eso, una amiga le pidió al hermano Interiano que me salvara. Entonces él se manifestó en el cuerpo del médico que me estaba operando. Me dio metro de tripas me quitó... pero salí viva..."

Rosa Alvarenga, luego de que en la ciudad de Los Angeles los médicos desahuciaran a su esposo, afectado por una demencia incurable, cuenta que le rogó al hermano Ernesto y la demencia desapareció sin dejar rastro.

Otra interesante historia me la contó Marco Antonio, hijo de Interiano, un profesional, quien a raíz de un accidente permanecía en silla de ruedas. Aun así manejaba un vehículo especialmente adaptado a su condición física:

"Mire, yo no soy muy dado a contar estas cosas, pero lo cierto es que viajando hacia Esquipulas, en una carretera guatemalteca me detuvieron en un punto de asalto; varios hombres armados con metralletas comenzaron a disparar hacia mi vehículo. Indefenso, en mi silla de ruedas, pensé en mi padre. No me lo va a creer, pero apareció mi padre para salvarme la vida. En medio de la balacera, pistola en mano, dio varios giros en el suelo, y con su legendaria puntería, colocó un disparo en la frente de cada uno de los maleantes"...

Han pasado varias décadas desde la muerte de Interiano, la leyenda no cesa de crecer en la memoria. Cada lector hará su propia interpretación del personaje y su entorno, cada quien dará su íntimo aporte en la reconstrucción de la frágil memoria colectiva, un rompecabezas que por momentos naufraga entre recuerdos, olvido y fantasía.

Cuando muere, un diario de la época pronosticó que Ernesto Interiano *"desaparecería del recuerdo, enterrado eternamente"*. Pero por esos designios imponderables de los tiempos, no fue totalmente así, Ernesto Interiano penetró en un ámbito nebuloso donde se le rememora, y a menudo se le invoca junto a un vaso de agua, claveles rojos y ruda, para pedirle un favor como protector clandestino de los marginados.





IMPRESO EN
EL SALVADOR, C.A.
Impresos Múltiples
2,000 ejemplares
2016



Carlos Henríquez Consalvi, Santiago, nos presenta una narración histórica sobre la azarosa vida de un joven santaneco, quien en los años cuarenta se convirtió en leyenda, recorriendo los caminos del occidente de El Salvador, perseguido como enemigo público durante la dictadura del General Hernández Martínez. Un retrato de aquella ciudad de Santa Ana, escenario de luchas de poder, violencias, amor y pasión.

Ernesto Interiano (1917-1943), fue un personaje amado por muchos, odiado por otros, tras su muerte, el imaginario popular le convierte en una especie de protector de los desposeídos. Invocado en sesiones de espiritismo, sus estampas religiosas se ofertan clandestinamente en los alrededores de iglesias y plazas.

